

BOLSILIBROS BRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

díganle que no he muerto

Kelltom McIntire



SS

SERVICIO SECRETO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

KELLTOM McINTIRE

DIGANLE QUE NO HE MUERTO

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1216
Publicación *semanal*
Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 35.922-1973

ISBN 84-02-02513-7

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1973

© KELLTOM McINTIRE - 1973
texto

© ENRIQUE MARTIN - 1973
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BRAVO OESTE:

483 - La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

584 - Cockery Row a las ocho.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.201 - No juegues con los *gangsters*.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

988 - Pasaporte al más allá.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

48 - Del temple de los héroes.

CAPÍTULO PRIMERO

Roman era bajo y fornido. Tenía la voz gruesa y fumaba siempre cigarros habanos.

Su aspecto exterior indicaba brutalidad.

Allí estaban sus pobladas cejas rectas, su mandíbula cuadrada, su nariz aplastada y sus labios gruesos, eternamente fruncidos en un gesto de determinación.

—Ha de ser ahora. Antes de que Bob vuelva de Inglaterra —dijo con dureza.

Al Badaglia murmuró un juramento en italiano.

—¿Qué diablos te ocurre, Alberto? —Roman estaba mirándole con atención—. ¿Es que vas a tener miedo ahora?

Badaglia tenía cincuenta años. Su apetito voraz estaba demostrado. Bastaba verle devorar sin pausa gruesos pedazos de langosta que tomaba con la mano de la bandeja de plata. Sin embargo, nunca había logrado pasar de los sesenta kilos a pesar de su elevada estatura.

—No tengo miedo. Pero he servido siempre bien al *Padrone* —murmuró, rehuyendo la penetrante mirada de Bill Roman.

Se oyó el estallido de una seca carcajada.

Era Roman el que reía, con las manos apoyadas en la cintura, echado hacia atrás el busto y dejando que el sol cayera sobre su rostro.

Había otros tres hombres en la reunión. Los tres observaban a Roman con miedo.

—Sólo quiero vuestro consentimiento. —La risa de Roman se había cortado tan bruscamente como empezara—. Que digáis sí. Yo me encargaré del resto.

—No me atrevo —confesó Luigi Colpino, el más elegante de los cinco—. Estamos muy atados al *Padrone*. Le debemos respeto y obediencia. Y gratitud. Tú mismo, Bill, estarías fregando platos en

cualquier restaurante si él no te hubiera echado una mano. Nos enriqueció a todos...

Roman dejó caer un gran puño sobre la mesa. La bandeja que contenía las langostas botó sobre la mesa y salpicó a Amedeo Brown, que se levantó de un respingo con el rostro crispado en una mueca de repugnancia.

—¡Migajas! —barbotó Roman—. Guarda doscientos para él mientras nos arroja a los pies cinco... Y encima debemos agradecerse.

—Puerco pandillero endiosado. —Gruñó Amedeo Brown, mirando a Roman belicosamente—. ¿Vas a traicionar al hombre que te quitó el hambre?

Bill palideció intensamente.

Por un momento pareció que iba a disparar sus enormes puños para destrozar a Brown.

Sin embargo, logró contenerse. El dominio de su voluntad era absoluto.

—¿Quién va a hablar? —respondió fríamente, calibrando de una ojeada la rechoncha figura de Amedeo—. Tú mismo nos venderías a todos si fueras un hombre de una pieza. Escucha, basura. Sé que entregaste tu Loretta al hijo mayor del *Padrone*. Él lo arregló, obligando a Giancarlo a casarse con ella, pero tú no hiciste otra cosa que vender la pureza de tu hija, marrano.

—Será mejor que todos nos tranquilicemos —intervino Colpino, con su característica suavidad, resultado de una educación esmerada—. Hasta ahora, siempre estuvimos unidos, de completo acuerdo...

—Bajo la suprema potestad del *Padrone*. —Hizo notar Roman, agresivo.

—Sí —concedió Colpino—. Pero no nos ha ido mal.

Unas jovencitas pasaron junto a ellos corriendo y gritando. Roman las siguió un instante con la mirada y dijo:

—Puede irnos mejor, mil veces mejor. El viejo no puede seguir encargándose de todo. Si me apuráis, diré que está muriéndose lentamente. Algunos de sus negocios están fracasando por falta de atención. Si nosotros ocupamos su puesto y nos dividimos sus negocios, podemos enriquecernos con facilidad. Hacedlo o no. Si sois cobardes, nunca saldréis de la medianía en que el *Padrone* os ha

colocado.

Hizo una pausa, que empleó en observar a las jovencitas que estaban desnudándose desenfadadamente cincuenta metros más allá para chapuzarse en las azules aguas de la playa, y agregó:

—Al fin y al cabo, sólo sería una obra de misericordia. Eutanasia le llaman los médicos.

Ninguno habló durante un minuto.

La suave brisa del mediodía despeinaba los lacios cabellos de Amedeo Brown y hacía oscilar la cara corbata de seda natural de Luigi Colpino.

De repente resonó un alarido.

Todos se volvieron, alterados.

Hundido en su butaca estaba Lino Neracosta, un hombrón de cuarenta años, que había sido guardaespaldas del *Padrone*. En la actualidad, Lino estaba casi retirado y todos sabían por qué; estaba loco.

—¡Pobrecita! —murmuró Neracosta, golpeándose con un puño en la descarnada mejilla—. Roman ha dicho la verdad; sufre mucho. Sufre horriblemente. Yo lo mataría sólo por evitarle esos horribles sufrimientos.

Nadie le prestó mucha atención.

—Pensadlo —dijo lentamente Bill Roman—. Cuando el viejo muera, dentro de un año o tal vez dos, el negocio se nos habrá ido de las manos. El hijo mayor del *Padrone* murió estúpidamente en un accidente. Bob, el segundo, es un muchacho pusilánime y sentimental, casi un loco. Sólo le gustan las investigaciones arqueológicas, los legajos y las antiguallas. No tiene la madera del padre. Ha vivido durante cinco o seis años recorriendo el mundo. A pesar de su carrera de abogado, el *Padrone* nunca pudo lograr que se interesara en sus negocios. Ahora, al parecer, Bob quiere volver. Si cuando vuelva, se encuentra con que su padre ha muerto, se encogerá de hombros, cogerá su bolsa de viaje y volverá a Australia, a China, a Groenlandia o el Tíbet. Debéis meditarlo. Se trata de vuestro porvenir.

De un manotazo tomó su vaso de ginebra y lo apuró con un gesto rabioso.

Luego dio media vuelta y comenzó a alejarse.

Badaglia, Brown y Colpino se consultaron con la mirada.

Fue el último quién se incorporó de su tumbona y gritó:

—Espera, Bill. Aún no hemos terminado.

Simulando desinterés, Roman dio la vuelta y se acercó a la mesa resguardada bajo el multicolor parasol.

Colpino le apartó de allí y le empujó fuera de la terraza hacia la playa.

—¿Quién se encargaría de ello? —preguntó sin mirarle, como con miedo. Y la verdad era que su respiración sonaba sibilante por la emoción contenida.

—¿Quién...? ¡Cualquiera! O mejor, los cinco —respondió Roman, cínicamente.

Colpino dio un respingo.

—No cuentes conmigo. Esa muchacha, Sara, la joven esposa del *Padrone*, no se separa un momento de él. Por otra parte, lo confieso, no tengo estómago para esas cosas. Antes sí. Pero he envejecido y me he ablandado, Bill. No cuentes conmigo. —Remachó, con un trémolo de angustia en la voz.

—¿Los otros están de acuerdo? —preguntó Roman, sin volverse.

—Harán lo que yo les diga —aseguró Luigi, ajustándose la corbata para disimular su excitación—. Les convenceré. O mejor, están casi convencidos.

—Tienen miedo. Pero aceptarán la probabilidad de enriquecerse. De acuerdo, Luigi, yo me encargaré de resolver el asunto. Pero necesito vuestra colaboración.

—Ya te he dicho que... —empezó a decir Colpino.

—No me refiero a eso. Si no queréis ensuciaros las manos, tendréis que soltar unos billetes cada uno. Lo mismo que yo. Encargaré el caso a un profesional. Y no temáis, todo irá sobre ruedas.

—Si es por dinero... ¿Cuánto?

—Bueno, pues... Sí, con dos mil por barba se puede contratar a un profesional —respondió Roman, sonriente.

—Aquí está mi parte. Espera. Iré a hablar con los otros.

Roman hizo un gesto vago y siguió andando hacia la playa. Instintivamente, observaba los movimientos de las jovencitas en el agua.

Luego Colpino volvió junto a él. Sus zapatos chirriaban sobre la gravilla.

—Aquí está. Ocho mil dólares. Una cosa, Bill; ten cuidado con Sara. Es una mujer inteligente, observadora. Y se preocupa mucho por la salud del *Padrone*. La he visto algunas veces y siempre me ha dado la sensación de que desconfía de nosotros. ¡Me cripa la expresión enigmática de sus ojos...!

—Es una gata en celo... Pero su celo se debe únicamente a la codicia, Luigi. Teme que le quitemos su tajada, ¿comprendes? No, no temas; yo sabré hacer las cosas. La muerte del viejo será montada escrupulosamente con toda clase de detalles...

—En ti confiamos —murmuró Colpino.

Y se separó de Roman como de un apestado.

Bill estuvo observando a sus compañeros un instante.

Alberto Badaglia y Amedeo Brown se marcharon un momento después. No lejos de allí, en el aparcamiento del hotel, estaba el fabuloso «Ford-Imperio» de Badaglia.

También Colpino se escurrió de la mesa y desapareció tratando de pasar inadvertido.

Sólo quedó Lino Neracosta, agitando tontamente sus manos peludas.

Roman se acercó a él y le oyó murmurar algunas palabras.

—¡Bendito *Padrone*...! ¡Esos horribles sufrimientos...! ¡Yo mismo...!

—Ven conmigo, Lino —dijo Bill, poniendo su ancha mano sobre la espalda del desquiciado.

—¿Adónde? —preguntó Neracosta, con expresión huidiza.

—Ven. Quiero hablar contigo del *Padrone*. Todos estamos de acuerdo, ¿no?

Neracosta aventajaba a Roman en más de treinta centímetros de estatura.

Era curioso verlos a los dos, abrazados, caminando lentamente hacia la playa.

—La maldita enfermedad... —musitaba el loco—, lo está matando. ¿Lo viste? Se revuelca en la cama, grita, aúlla, Bill. No podemos permitir...

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Roman, siguiéndole la corriente. Le sonrió con simpatía—. Ven, daremos un pequeño paseo por la playa. Necesitas sol, Lino. Y aire fresco. ¡Ese horrible apartamento tuyo de la calle Ochenta...!

CAPÍTULO II

La mujer era muy hermosa. Bellísima.

En el ángulo en que la contemplaba el teniente Grisum, el tenue resplandor de la lámpara que había en la mesilla de noche transparentaba el cuerpo de la mujer, apenas vestida con un salto de cama de gasa bordada.

Los cabellos rubios, muy largos, tenían un atrayente brillo metálico. Caídos sobre la almohada simulaban una cortina de oro.

Muy bella, mil veces atractiva...

Pero tenía un atizador en la mano. Y el atizador estaba manchado de sangre.

—Buenas noches, señora Rossi —dijo en voz alta el teniente.

La mujer exhaló un grito y se volvió de un respingo.

En su rostro se reflejaba el miedo, la sorpresa y la indignación.

—¿Quién... quién es usted? —preguntó ella, atragantándose.

Grisum rió secamente.

—Por desgracia para usted, me llamo Hugh Grisum.

Soy teniente de la Brigada de Homicidios. Le aconsejo que deje caer ese atizador.

Sara Rossi se llevó la mano izquierda al pecho, como si quisiera contener la alocada marcha de su corazón.

—Pero... Pero ¡se equivoca! ¡Yo no he...! —murmuró.

Y se acercó unos pasos.

Grisum soltó un taco muy fuerte. Y se llevó la mano a la funda pistolera donde se albergaba su «P-38».

—¡Suéltelo! —gritó rabiosamente.

El atizador apenas produjo ruido al caer sobre la moqueta azulada del piso.

—Apártese ahora. Contra la pared. ¿O prefiere que la aparte yo? Señora Rossi, tengo una fama detestable, pero si no me obedece

comprenderá que los que dicen que soy un bruto tienen razón.

Sara Rossi aspiró profundamente el aire. Tan profundamente que a Grisum se le cortó la respiración al admirar aquel busto hinchado.

Luego, lentamente, como rehaciéndose, la mujer se apartó y fue hasta la pared.

Grisum avanzó hacia el lecho, sin dejar de vigilar a la mujer.

—Bueno, esto lo explica todo. Creo que el señor Rossi está muerto. Tiene el parietal derecho hundido y fracturado. Opino que en el mango de ese atizador deben encontrarse sus huellas, señora Rossi. Dígame, ¿por qué lo hizo? Soy un hombre comprensivo. Rossi tenía setenta años... Usted... tal vez, veintidós o veintitrés...

Los pasos de la mujer apenas sonaron sobre el mullido piso.

Cuando Grisum se volvió de un respingo, ella estaba en la puerta de la alcoba tratando de escapar desesperadamente.

Un hombre apareció en la puerta.

Llevaba el uniforme de los suboficiales de la Policía Metropolitana y detuvo a la mujer tomándola de los brazos.

Pero Sara Rossi se debatió con todas sus fuerzas e incluso consiguió escurrirse bajo los brazos del corpulento sargento Grant.

—¡Deténgase! —gritó Grisum, chasqueado, sacando el revólver.

Grant se tiró al suelo.

Se oyó el estampido del revólver. La bala convirtió en fragmentos una bella talla del dios Eros que descansaba sobre una consola.

Aterrada, la mujer se detuvo.

Grisum le colocó las esposas poco después.

Sin resistirse, completamente abatida, la señora Grisum se derrumbó sobre un diván.

—Yo no le maté, no le maté —sollozó.

Pero Grisum había descolgado el teléfono situado sobre una mesita en la sala contigua y hablaba ya a través del aparato.

—Sí... Eso creo... Tiene destrozado el cráneo... No, no ha confesado. Pero confesará en cuanto la tengamos en la estación. Sí, el forense. Asunto para el fiscal... De acuerdo.

Volviéndose hacia la mujer, Grisum ordenó a través de la comisura izquierda:

—Vístase. El fiscal llegará dentro de unos minutos. Y afuera habrá fotografías. Supongo que no le gustará que la fotografíen así,

señora Rossi...

Era innecesariamente cruel. Y Grisum lo sabía. Pero era exactamente así. Era honrado y sabía cumplir con su trabajo, aunque lo realizase con rudeza.

El sargento Grant murmuraba algo, inclinado a cuatro patas bajo la cama en la que yacía el millonario Piero Rossi.

—Vamos, vamos, Grant. —Le sermonó el teniente—. Está demasiado viejo para andar por el suelo. Por lo demás, puede borrar alguna huella. ¿Qué es eso?

—Encontré una preciosa cápsula a dos colores —respondió alegremente el corpulento Grant.

Grisum la tomó en su mano derecha.

Se trataba de una cápsula roja y azul, de idéntico tamaño a las que diariamente prescriben los médicos a millones.

—¿Ha visto esto, señora Rossi? —preguntó el teniente. Y mostró la cápsula.

Pero Sara ni siquiera la miró.

Sus ojos miraban al vacío, estáticos.

—Hay un montón de frascos sobre la mesilla —dijo Grant—. Al parecer, Rossi estaba muy enfermo.

—Cáncer —observó Grisum, jugueteando con la cápsula—. Míster Rossi estaba condenado a morir. Cáncer de garganta, una mala cosa, sargento.

Carraspeó y volvió a mirar a la mujer. No era una tarea desagradable, pero ya Grisum la miraba de distinta forma.

—Esto me da una idea, señora Rossi. ¿Se sintió compadecida ante los sufrimientos de su esposo? ¿Se decidió a practicarle la eutanasia? —preguntó, mirándola fijamente.

—Yo no lo maté —respondió ella, irguiéndose bruscamente—. Duermo en una alcoba al otro lado del pasillo. Debo administrar una píldora a mi esposo cada dos horas. Para ello, pongo un despertador sobre mi mesilla. Cuando sonó, me levanté. Me pareció escuchar un rumor en la puerta de la cocina. Fui hacia allí. La puerta estaba abierta. Me asusté. Pensé que podía tratarse de un ladrón. Pero la puerta no estaba forzada. No suelo dejarla abierta nunca. Eché el cerrojo de seguridad y registré la casa. Al fin me tranquilicé. Todo estaba en orden. Entonces penetré en el dormitorio de mi esposo. Parecía dormir tranquilamente, arropada

la cabeza parcialmente bajo las sábanas. No sospeché nada porque a él le gusta descansar así, materialmente escondido bajo la almohada y las sábanas. Traté de despertarle suavemente para que tomase su píldora. Cuando retiré la sábana comprobé horrorizada que estaba empapada de sangre. Por debajo de la almohada asomaba algo. Tiré y tuve en mi mano el atizador. En ese momento entró usted. Eso es todo.

—Lamentable. No convencerá a ningún jurado, señora Rossi.

—Lo veremos —exclamó ella con sorprendente energía. Y sus ojos verdosos destellaron como los de un gato—. Ahora iré a vestirme. Afrontaré todo lo que sea con dignidad.

—Acompáñela, sargento —ordenó Grisum. Y agregó en voz baja —: Será mejor que no la pierda de vista. No me extrañaría que intentase suicidarse.

Luigi Colpino dejó el periódico sobre su mesa de trabajo y murmuró una imprecación en italiano.

Las gruesas letras de los titulares de la portada parecían bailar ante sus ojos:

«El millonario Rossi, asesinado. La policía ha detenido a la señora Rossi. Al parecer existen pruebas fundadas de que Sara Rossi asesinó a su esposo por piedad. Un nuevo caso de eutanasia».

Durante un minuto, Colpino permaneció inmóvil, dominado por la confusión.

Luego rodeó la mesa y salió del imponente despacho de la American Builders Co.

Una bonita secretaria se puso en pie al verle aparecer.

—Llame al garaje, señorita Groy. Necesito mi coche en un minuto —ordenó Colpino sin detenerse. Y alcanzó el ascensor.

El aparato se detuvo en la subplanta dos. Cuando salió al garaje, un brillante «Plymouth-VIP» aguardaba, con su chófer manteniendo abierta la portezuela.

—Vamos a Longsboro, Phil —ordenó Colpino. El chófer asintió con la cabeza y se sentó tras el volante, después de cerrar cuidadosamente la portezuela.

Media hora después, el automóvil de Colpino traspasaba la

entrada de una factoría industrial.

Bill Roman vio el coche tras el ventanal de la planta superior, dedicada a oficina técnica.

—Iré abajo, Bolt —dijo a su ayudante—. Acaba de llegar el señor Colpino. Quiere visitar la factoría. Yo mismo le acompañaré.

Se encontraron en el inmenso patio destinado a estacionamiento de camiones.

Hacía frío y Luigi Colpino miró a Roman escrutadoramente.

—Subamos. En tu oficina me sentiré mejor. Hace un frío de perros —rogó.

Pero Roman le detuvo secamente por un brazo.

—No. Prefiero que nadie pueda oírnos. Por lo demás, serán unos minutos. ¿Por qué has venido? Te advertí que debíamos vernos lo menos posible.

—El *Padrone* ha muerto —respondió el otro, con nerviosa brusquedad—. Mira esto.

Roman tomó el doblado periódico en sus manos y lo desplegó.

—¡Esa perra! —murmuró—. Se nos ha adelantado.

—¿Y no es una buena noticia? Para nosotros viene a ser como un acierto pleno en las carreras, Bill. El viejo está muerto. Ella nos lo ha quitado del medio. Y se ha quitado a sí misma. La encerrarán.

—Tienes razón —repuso Roman, pensativo—. Tenemos las manos limpias y hemos conseguido lo que queríamos.

—Tendrás que devolverme los ocho mil dólares que te entregué, Bill. Nos ahorraremos ese gasto.

—Estás equivocado. Pagué a un hombre para que lo hiciera. El dinero está empleado —dijo Roman, con acritud.

—Que te lo devuelva.

—¿Estás loco? Si se lo pido, ese tipo se disgustará. Sería capaz de someternos a chantaje. Lo mejor es dejar las cosas así. Yo seré el dueño de esta fábrica, tú te quedarás con la American, Brown y Badaglia compartirán el negocio de los hoteles y a Neracosta le pasaremos una pensión.

—Estoy de acuerdo. —Accedió Colpino, con un brillo de ambición en los ojos—. Pero habrá que arreglar el papeleo legal. Muerto el *Padrone*, el notario se apresurará a hacer el recuento de los bienes...

—Despreocúpate. Tengo en mis manos a Rolf Gardner. Gardner

perdió hace dos meses más de cien mil dólares ante la ruleta. Yo le presté algún dinero para evitar su descrédito. Créelo, hará lo que yo le diga. Falseará el testamento y preparará documentos de cesión. Para todo el mundo, Piero Rossi será un pobretón en cuanto Gardner exhiba el testamento... falso, naturalmente.

Colpino miró de reojo a Roman.

—A veces me das miedo, Bill. Eres demasiado inteligente y tu ambición no tiene fronteras...

Pero Roman se volvió hacia él y le miró fríamente.

—A pesar de eso, os sirvo perfectamente, ¿no? —respondió. Y le volvió la espalda.

CAPÍTULO III

—¡Sus huellas están en el atizador! —bramó Grisum brutalmente.

Grandson, el comisario, miró al teniente con severidad.

—Será mejor que conserve una actitud correcta, Grisum —le reprendió.

El teniente se mordió los labios.

—Lo siento. Este caso me ha sacado de quicio. El fiscal parece tener un interés desmedido en orientar la investigación de forma estúpida...

—Le he advertido, Grisum. Debe hablar con más respeto. Por lo demás, usted es suficientemente testarudo para tomar siempre el camino contrario a lo que sería conveniente. El fiscal tiene razón; razón legal, se entiende.

—Sí, sí, lo sé —respondió Grisum, impaciente—. Piero Rossi falleció de un colapso cardíaco y no de ese golpe de atizador. Pero la intención criminal de la mujer era patente. ¡Quiso asesinarlo!

—No está comprobado. La investigación parece demostrar todo lo contrario. Sara Rossi era absolutamente fiel a su esposo. En realidad, llevaba a cabo una labor admirable. Era su esposa y su enfermera, le atendía hasta el sacrificio, dedicaba todas las horas del día a la vigilancia de Rossi. Y todo eso durante dos años. Además, es cierto que el atizador estuvo bajo la almohada. La marca ensangrentada de ese utensilio quedó impresa sobre la parte inferior de la almohada.

—Pudo meterlo allí ella misma. En cuanto a toda esa comedia de la esposa sacrificada... pudo muy bien fingir para conseguir la cuantiosa fortuna de Rossi. Sabemos que el *Padrone* se enriqueció en negocios sucios durante la guerra, pero sus negocios actuales son legales y voluminosos. Todo el mundo sabe que tiene una gran fortuna.

Por primera vez durante la entrevista con Grisum el comisario sonrió.

—Se equivoca, teniente —declaró—. Esta misma mañana se ha abierto el testamento de Rossi. Estaba arruinado. Todos sus negocios fueron paulatinamente absorbidos por William Roman, uno de sus socios. En realidad, apenas disponía de su villa y unos miles de dólares, a la hora de su muerte.

Grisum soltó un taco muy sonoro.

—¡No puedo creerlo! Antes creería a pie juntillas que la estatua de la Libertad está construida con gelatina.

—Deberá admitirlo así, teniente. Escuche, la señora Rossi será puesta en libertad por insuficiencia de pruebas. Me gustaría que no volviera a molestarla...

—Era lo que faltaba. —Se lamentó Grisum, rascándose la rebelde cabellera—. Señor, creo que todos olvidamos algo. ¿Quién golpeó a Rossi con el atizador, en el supuesto de que Sara Rossi fuese inocente?

—Usted mismo me dio la solución: un ladrón. Alguien entró a robar y llegó hasta la alcoba de Rossi. Tal vez éste lo vio y quiso gritar. Su alarma, su susto, fue la causa de un colapso. El forense admite que las cosas pudieron ocurrir así. Y éste es mi encargo: busque a ese hombre, al asaltante.

—Sí, señor —respondió el teniente, desmayadamente.

Y salió del despacho del comisario.

Sin embargo, Grisum era demasiado testarudo para admitir que sus sospechas respecto a Sara Rossi fueran erróneas.

Estaba dispuesto a vigilar a aquella mujer, a acosarla, a seguir investigando. Para demostrar que, en verdad, ella asesinó a su esposo.

Saludó al agente de la puerta distraídamente. Justo al llegar a la acera, tropezó bruscamente con alguien.

—Discúlpeme —murmuró el otro amablemente. Y Grisum le miró, colérico.

—Debía mirar por dónde... —empezó a decir. Y se detuvo, sobresaltado.

Ante sí tenía a un joven de unos veintiocho años, de complexión atlética, cabellos moderadamente largos y ojos azules, penetrantes.

—¡Usted...! —murmuró Grisum, estupefacto—. ¡Usted es Robert

Rossi!

—¿Me conoce? —preguntó Bob Rossi, sonriendo.

—Puede jurarlo. Vi una fotografía suya en un marco muy bello en... Bueno, no importa. ¿Iba a penetrar en la estación de policía?

—Así es. Acabo de llegar de Europa. Un amigo me envió un telegrama diciéndome que mi padre había muerto —confesó Rossi.

—Lo siento, amigo; es cierto. Su padre ha muerto.

Yo soy el teniente Grisum, encargado de la investigación.

—Dígame, teniente. ¿Mi padre murió asesinado?

—Sí... Es decir, no —respondió Grisum, a su pesar—. Sufrió un colapso. Pero será mejor que entremos. Le informaré de todo ello en mi despacho. Aquí hace demasiado frío.

A Luigi Colpino le temblaron las manos epilépticamente.

—¡Maldito, maldito canalla, cerdo traidor...! —bramó, paseando, excitado, a lo largo de la sala.

—Nos burló, nos engañó. Se rió de nosotros —comentó Amedeo Brown, amargamente.

Badaglia tenía la cara de color terroso.

—Nos ha dejado en la calle. Sin un centavo. Todos los negocios Rossi le pertenecen legalmente. He preguntado a Harrison, mi abogado. Me aconsejó que no me arriesgase. Roman podría denunciarnos ante la policía. Nos tiene bien cogidos a todos.

Colpino se detuvo de pronto.

Su cuidada mano derecha alisó los cabellos grises que habían resbalado sobre su frente y miró a sus compañeros.

—Yo no voy a consentirlo. —La rabia volvía vibrantes sus palabras—. Si Roman quiere guerra, la tendrá. Todavía dispongo de algunos miles de dólares en mi cuenta personal...

—¿Qué te propones? —preguntó Badaglia, atento.

—Volveremos a los viejos tiempos, si es necesario. Debemos eliminar a Roman. Y de paso, recuperar lo que nos corresponde. ¿Quién de vosotros está de acuerdo?

Neracosta balbució un murmullo ininteligible.

Tomándolo como una afirmación, Colpino paseó su mirada por los rostros de los restantes hombres.

—Está bien —dijo Amedeo Brown.

—De acuerdo. Lo haremos —aprobó el delgado Badaglia tras una leve indecisión.

Colpino ocupó entonces su asiento a la mesa.

—Sabía que podía contar con vosotros —alabó con entusiasmo—. Volveremos a estar unidos. Juntad todo el dinero que podáis y traedlo aquí...

Un ramalazo de ira congestionó su rostro al contemplar la pobreza de la pieza que ocupaban.

Porque Colpino había sido arrojado por la policía del edificio de la empresa American Builders. Arrojado, como un leproso.

Había tenido que alquilar una vieja casa, junto a la costa. E incluso cambiar su cuenta en el Banco.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó Al Badaglia, impaciente.

—Será muy difícil, Luigi —observó Brown, eternamente receloso—. Roman posee ahora un poder grandioso. Domina varias compañías fabriles y dispone de millones de dólares a su antojo. Derrotarle será casi imposible. Yo prefería cortarle el cuello de un tajo y liquidar así el asunto.

—No. —Denegó Colpino—. Quiero arrebatarle lo que nos robó con sus argucias. Estoy seguro que cuando hablé con él del testamento del *Padrone*, había amañado ya las cosas a su capricho. Gardner es el hombre que nos interesa. De la misma forma que falseó documentos a favor de Roman, le obligaremos a hacerlo a favor nuestro. Cuando hayamos conseguido arruinar a Roman, será el momento de enviarle al degolladero.

—Luigi tiene razón. Quiero mi parte. Nosotros ganamos mucho dinero para el *Padrone*. Es nuestra herencia —afirmó Badaglia.

Lino Neracosta continuaba balbuciendo incoherencias.

Sus manos, enormes, parecían empeñadas en la loca tarea de apretar el cuello de una persona invisible.

—Está decidido —Colpino había empuñado sus ojos y estrechado sus labios en una línea dura—. Ese cerdo traidor tendrá que sudar sangre. Cuando llegue el momento, yo mismo le mataré con mis manos.

Sara anduvo a lo largo del pasillo como una sombra vaga, sin producir el menor ruido.

La casa parecía vacía, muerta.

Piero Rossi había sido enterrado dos días antes.

Ahora Sara no tenía nada que hacer en aquella casa. Pero Rossi la había legado por partes iguales a ella misma y a su hijo Bob.

Acababa de resonar un seco timbrazo.

¿Sería Grisum?

Pensando en ello, Sara apretó sus labios. Odiaba al teniente, odiaba su rudeza, su brusquedad, su curiosidad...

Grisum poseía una curiosidad insaciable.

¿Creía él que Sara no había advertido su presencia al otro lado del seto?

Rió secamente, mientras se aproximaba al vestíbulo. Sus negras ropas le daban una apariencia fantasmal.

¿Por qué guardar luto por el anciano Rossi, si nadie quería creerse que ella lo quisiera?

Tuvo que confesarse que era la verdad; jamás había amado a Piero Rossi. Jamás.

En realidad, el anciano era un ser odioso.

Exigente, autoritario, incluso déspota con ella.

«No puedes olvidar una cosa, pequeña. Sólo eres una mujerzuela», era la mejor frase que Piero solía dirigirle.

«Una mujerzuela», repitió Sara, con amargura.

Lo peor, lo peor de todo era que el *Padrone* no se equivocaba.

Por la noche, en la cama, si cerraba los ojos, le parecía escuchar sus gritos malhumorados, su voz chirriante, los eternos insultos...

«¿Qué diablos haces? ¡Arrástrate hasta aquí Colócame bien los almohadones, vacía esa escupidera...! ¡Muévete, maldita zorra!».

El *Padrone* se había convertido en un viejo irritable, inaguantable.

Cualquiera le hubiera matado.

El timbre del vestíbulo seguía resonando con irritante constancia.

Sara podía ver la elevada silueta a través del cristal esmerilado del porche.

¿Grisum, aquel podenco obstinado y terco?

No iba a aguantar sus impertinencias, no lo aguantaría. Tomaría el teléfono, llamaría al fiscal...

Pero de nada valdría.

Sara lo había visto en todas las miradas; desconfianza, desprecio mal disimulado, sospechas.

La habían puesto en libertad por falta de pruebas.

Pero todos seguían creyendo que ella había asesinado a Piero

Rossi.

Se encogió de hombros.

A fin de cuentas, a Sara Rossi poco le importaba la actitud de aquellas gentes.

Ella se había marcado un objetivo bien definido. El resto...

Descorrió el cerrojo de la puerta de entrada.

Al reconocer al hombre que aguardaba en el porche, el corazón le dio un vuelco.

Sin poderse contener, gritó de forma alucinante.

Sus facciones, muy pálidas y demacradas, se ensombrecieron.

CAPÍTULO IV

Bob Rossi apartó a la mujer sin brusquedad y penetró en el vestíbulo.

—Se diría que has visto a la misma muerte, Sara —dijo, al oír que ella cerraba la puerta—. ¿Por qué ese sobresalto?

Ella le miró fijamente.

Las aletas de su perfecta nariz temblaron. También sus labios estaban entreabiertos, anhelantes.

¿Tenía miedo?

No.

Todo lo contrario. Bastaba que Bob hubiera entrado en la casa para que Sara sintiera una ola de calor en todo su ser.

Era como si un aire nuevo, vivificante, hubiese impregnado a oleadas la sombría mansión.

Le observó lentamente, con atención.

Siempre había sido atractivo Bob Rossi. Pero ahora debía admitir que el cambio que se había operado en el muchacho le favorecía mucho.

Sus facciones habían adquirido dureza; pero tal circunstancia lejos de restarle atractivo lo aumentaba.

Madurez, eso era lo que Sara veía en los ojos brillantes, semi entornados, de Bob Rossi.

—¡Has vuelto, Bob! —exclamó ella, con un trémolo de esperanza.

Él la miró serenamente.

—Es evidente —respondió sin pestañear—. He venido por dos motivos bien diferentes.

—Bob, sé bien venido. ¡Deseaba tanto verte! —exclamó Sara, estremeciéndose. Y se aproximó a él.

La fría expresión de los ojos azules la detuvo.

—Antes de que sigamos hablando, quiero dejar algunas cosas

aclaradas, señora Rossi. El primer motivo por el que he cruzado el Atlántico es importante: recibir quinientos millones de dólares. Ésa era la herencia de mi padre.

Sara retrocedió como si la hubiesen golpeado en el pecho.

Fue un instante de confusión, de humillación, de coraje...

Pero era una mujer muy entera y se rehízo con presteza.

—¿Y tu padre? ¿Acaso te deja insensible su muerte? —preguntó, retadora.

—Eso debería preguntártelo a ti, Sara. Porque el segundo motivo de mi visita es muy claro: conseguir que seas acusada formalmente del asesinato de mi padre, lograr que vayas a la cárcel, que pagues en la prisión ese monstruoso crimen.

Si esperaba que ella se alterase, debió quedar defraudado.

—Adelante, Bob Rossi —gritó con rabia—. Si te sientes tan potente, sigue adelante. Te estrellarás. He sido absuelta. No volverán a procesarme por esa causa.

Bob pareció acusar aquella fría realidad.

—En cuanto a esos quinientos millones... lo cierto es que Fiero Rossi sólo poseía esta casa y unos ochenta mil dólares. Repartió lo que tenía entre los dos —dijo Sara.

Bob dio media vuelta y paseó agitadamente a lo largo del amplio vestíbulo. De repente se volvió a la bella mujer rubia y la señaló con el dedo índice extendido.

—Estoy informado de algunas cosas. Bill Roman compró a papá todas sus empresas, ésa es la versión oficial. Pero yo estoy seguro de que las cosas ocurrieron de forma muy diferente... Tú, de acuerdo con Roman, convenciste a mi padre, tarado física y mentalmente, para regalar a ese individuo quinientos millones de dólares. ¡Ésa es la única verdad!

Sara bajó los ojos.

—¿Eso es lo que piensas?

—¿Qué otra cosa puedo pensar... conociéndote? Papá te encontró en un lugar de vicio. ¿No se llamaba Nido Rojo o algo semejante? Se encaprichó contigo, te propuso el matrimonio. Tú aceptaste encantada. Era la posibilidad de convertirte en una mujer rica... Ahora, hoy, no soy capaz de imaginar cómo llegué a estar enamorado de ti, Sara. Puedo profundizar en tu mente; sólo hay en ella egoísmo, maldad, frío y deliberado cálculo. Veo tus ojos

brillantes de lágrimas, Sara. Pero no puedes engañarme. Esas lágrimas son de rabia, no de dolor...

—¡Calla, calla ya! —gritó ella con coraje—. No tengo por qué aguantar tus insultos, Bob Rossi. Tu padre está muerto. Tú no serás el millonario que ambicionas ser... Si quieres esta casa, te la dejaré. Sólo ansíoirme lejos, muy lejos de aquí.

—Palabras —murmuró Bob, con desprecio—. Puedes quedarte con la casa. Y no te engañes. No quiero dinero, no ambiciono las riquezas de mi padre. Me marché de aquí porque no podía verte casada con mi padre. Sentía celos de él. ¿No es absurdo? ¡Ja, ja, ja...! Entonces rehusé implícitamente la herencia del *Padrone*. Pero ahora... ahora es cuestión de honor. Él siempre me consideró un intelectual, un ser inútil para todo lo que no fuese vivir rodeado de libracos y de cosas raras. Se equivocaba.

Ella no dijo nada.

—Adivino todo lo que ocurrió. Roman es hábil. Te aduló, te convenció... Tú debías conseguir que mi padre cediera a Roman sus empresas. ¿Es que le amas, Sara? Roman es brutal y amoral. Sé que ha matado con sus propias manos. ¿Eres capaz de aceptar el amor de un asesino como él?

Sara esbozó una sonrisa. De repente, la carcajada afloró brutal a sus labios.

—¿No eres tú el que piensa que yo maté a tu padre? Pues bien, si soy una asesina... ¿por qué no iba a llevarme bien con un criminal como Bill Roman?

Bob la miró con ira.

—¡Perra...! —murmuró, rabioso.

Y dirigiéndose a la puerta, cerró de un tremendo golpe y desapareció.

Sara corrió al ventanal, descorrió un poco las cortinas y estuvo mirándole hasta que Bob Rossi se introdujo en un pequeño automóvil deportivo europeo y arrancó con descomunal estrépito.

Una expresión enigmática había quedado impresa en los ojos verdes de Sara Rossi.

Con un gesto característico separó los largos cabellos dorados del rostro y se separó de la vidriera.

Luego cruzó el vestíbulo y descolgó el teléfono oculto tras las largas hojas de un ficus.

—Necesito hablar con el señor Roman. Sara Rossi... Sí, sí, es urgente —explicó con impaciencia.

La voz gruesa y profunda de Bill Roman resonó en su oído.

—Mi querida señora Rossi, no sabe cuánto celebro escuchar su voz. He pensado a menudo en usted durante los últimos días, ¿quiere creerlo? Yendo al grano, le diré una cosa: siempre la admiré apasionadamente. He pensado que usted y yo podríamos llegar a ser excelentes amigos.

Un destello verdoso brilló en los ojos de Sara.

—¿Sólo amigos, Bill? —preguntó con voz pastosa.

Un botones repitió por tres veces el nombre de mister Rolf Gardner, sin que el notario pareciera advertirlo.

La bolita seguía rodando locamente en la ruleta.

Gardner, que había ingerido ya seis *scotches*, seguía como alucinado el movimiento de la caprichosa bola.

—Trece, rojo, impar...

Gardner se estremeció. Acababa de perder otros tres mil dólares.

Fue entonces cuando el muchacho de uniforme le tocó respetuosamente en el hombro.

—¿Señor Gardner?

El notario se volvió con brusquedad. El mal humor crispaba sus facciones, prematuramente envejecidas.

—Soy yo. ¿Qué diablos ocurre?

—Le llaman por teléfono, señor. Cabina tres, en el pasillo.

Titubeando entre enviar al diablo al desconocido comunicante o separarse de la caprichosa ruleta, Gardner optó finalmente por abrirse paso entre los jugadores y abandonar la sala de juego.

El pasillo estaba sombrío.

Gardner conocía el lugar donde estaba situado el conmutador de la luz. Lo pulsó y gruñó una obscenidad al comprobar que no funcionaba.

—¡Al diablo! —Gruñó—. No necesito luz para desembarazarme del estúpido que quiere hablar conmigo.

En la penumbra, consiguió leer el número de la cabina. Número tres.

Entró.

No había llegado a tomar el auricular, cuando alguien penetró velozmente tras él.

Ya se volvía con una palabra malsonante en los labios, cuando sintió el dulzón aroma del cloroformo en su nariz.

Gardner era corpulento y se revolvió con fiereza. Pero un nuevo personaje, apenas una sombra, se introdujo en la cabina y le inmovilizó absolutamente.

Contuvo la respiración cuanto le fue posible. Finalmente, sintiéndose ahogado, se vio obligado a aspirar profundamente los vapores del cloroformo.

Poco a poco sus piernas se aflojaron. Luego, de forma brutal, la inconsciencia se apoderó de él.

Tres hombres le colocaron el sombrero sobre los ojos y le arrastraron pasillo adelante hasta alcanzar el vestíbulo.

James, el portero, se quedó mirando a los cuatro hombres.

—Vamos, Rolf, no te hagas el pesado —exclamó alegremente uno de los tres agresores.

James movió la cabeza con pesar y les abrió la puerta.

—Pobre señor Gardner —murmuró cuando los tres jóvenes introducían al notario en su «Rambler»—. El juego y el alcohol le jugarán un día una mala pasada. Afortunadamente, aún conserva algunos amigos que se cuidan de él...

CAPÍTULO V

Gardner elevó pesadamente la cabeza.

Tenía los ojos hinchados y violáceos y una roja línea sanguinolenta cruzaba su mejilla desde la oreja al mentón.

También sus labios estaban muy abultados. Gardner arrojaba de cuando en cuando un salivajo de sangre al suelo.

—Es necesario que describas a esos hombres, Rolf —exigió Bill Roman, malhumorado.

—Eran jóvenes, ágiles y fuertes como demonios. Vestían con elegancia y hablaban educadamente. Sólo sus puños eran duros y desprovistos de toda suavidad.

—Sigue.

—¿Qué más quieres? En realidad, me encontraba mareado...

—Borracho —le rectificó inmediatamente Roman.

—Había bebido un par de whiskys, eso es todo, Bill. Los muchachos... Bien, tenían el pelo largo. Los tres usaban bigotes caídos y gafas oscuras, graduadas. Se parecían entre sí como tres gotas de agua... ¡Maldita sea, no puedo recordar nada más! Sólo eso: cuando empezaron a pegarme, a cada puñetazo asestado, decían: «No sigas con Roman».

—«No sigas con Roman» —repitió Bill, pensativo—. ¿Qué diablos significa?

—Si tú no lo sabes, yo no lo sé —dijo Gardner, monótonamente—. Aunque sospecho que esa paliza está relacionada con la jugada que preparaste a tus socios...

—Tal vez estés en lo cierto. Quizá Colpino no ha sabido encajar el golpe y quieren tomarse la revancha. Creo que debí aplastarles... ¡y lo haré! Todavía es tiempo —bramó Roman.

—No vayas demasiado lejos, Bill. El asunto Rossi es suficientemente peligroso de por sí. Si has pensado en eliminar a tus socios, no cuentes conmigo para nada. Empiezo a sentir el miedo

echando raíces en mi corazón, puedo asegurarlo.

—Eso es lo que pretenden esos cuatro infelices. Pero yo lo arreglaré. Por el momento, vas a alejarte de la ciudad durante una temporada. Vete a Longsboro. Poseo un bello *bungalow* allí. Podrás llevarte a tu chica. Descansarás, Rolf. Yo me ocuparé de que nadie te moleste...

Gardner se puso pesadamente en pie. Le dolían todos los huesos y sentía mil dolores en su castigado rostro.

—¿Crees que es lo mejor? —murmuró. La desconfianza brillaba en sus ojos.

—Desde luego. No tienes que preocuparte por nada. Enviaré allá a Benny y a Rick. Son dos tipos muy capaces. Te protegerán. Ahora toma uno de mis coches y desaparece. Tengo que hacer —ordenó Roman, con su característica brusquedad.

—Tengo miedo, Bill. Esta paliza me ha obligado a reflexionar —murmuró Gardner, dirigiéndose a la puerta.

—Nada hay que temer —Bill sonreía, palmeándole la espalda—. Al menos, mientras estés junto a mí, Rolf. En cuanto a esos mozalbetes melenudos, tengo una idea. Tal vez Quincy pueda decirme algo acerca de ellos. Si logro identificarlos, te aseguro que recibirán una paliza de la que no sanarán en menos de seis meses. Quincy es un especialista. Una vez le vi utilizar una cadena de motocicleta para matar a un hombre. Le destrozó todos los huesos en menos de cinco minutos.

Pero a Gardner las palabras de Roman no le produjeron la menor alegría. Se sentía en tensión, experimentaba una extraña ansiedad que le mantenía en vilo.

Doblado como un inválido, abandonó el lujoso apartamento de Bill Roman y descendió hasta la calle.

Roman había ordenado situar un «Ford-Mustang» en la zona de aparcamiento. Así pues, Gardner abrió la portezuela y se dejó caer, fatigado, sobre el asiento. El reloj eléctrico marcaba las cuatro de la madrugada. Gardner estaba dando al contacto cuando una sombra se aproximó a él.

Se estremeció. Instintivamente se encogió sobre sí mismo y murmuró con voz temblorosa:

—¿Quién... quién es usted? ¿Qué... pretende?

El otro respondió con una risita ahogada:

—¿No me reconoce? Veo que está muy nervioso. Conducir en estas condiciones puede ser muy peligroso para usted. ¿Quiere ocupar el asiento de la derecha? Yo conduciré. Sólo tiene que indicarme la dirección.

La portezuela se abrió.

Gardner se sintió empujado sin brusquedad, pero con firmeza. Pasmado de asombro, asustado como un niño, se deslizó sobre el asiento y dejó libre el lugar del conductor.

—No... le conozco, señor... Debe... Debe bajar de este automóvil. Yo... —balbució incoherentemente.

—Está muy asustado, lo sé. Y me gustaría saber por qué —dijo el desconocido—. ¿Remordimientos de conciencia, tal vez?

De repente, Gardner alargó la mano hacia el espejo retrovisor. Aún no habían tocado sus dedos el cristal, cuando el notario chilló de dolor.

El intruso le había atenazado el brazo con sorprendente rapidez y apretaba sin remisión.

—¡Suélteme...! ¡Me va a partir el brazo! —suplicó Gardner.

—Le soltaré con la condición de que deje de hacer tonterías. No voy a hacerle ningún daño. En realidad podía haberle visitado en su despacho. Le he seguido durante todo el día, ¿entiende?

—¿Me siguió?

—Sí. Y asistí a la paliza que le propinaron esos chicos. ¿Quiere saber por qué no intervine? Me interesaba escuchar. Y me convenía permanecer oculto.

Gardner no dijo nada. Retiró su mano izquierda y jugó el hombro, temiendo que la articulación hubiera resultado lesionada.

—No... pretendía otra cosa que encender la luz interior para ver su rostro —confesó al fin.

—Si me lo hubiera advertido, la hubiera encendido yo mismo... ¡Así!

El rostro del desconocido apareció claramente a la luz que provenía del pequeño círculo luminoso del techo del vehículo.

Gardner miró aquellas facciones con intenso asombro. Reconocía aquella frente despejada, la nariz recta, las cejas bien perfiladas, la boca grande, de labios finos, el mentón cuadrado...

—¡Rossi! —exclamó—. Usted debe ser...

—Soy Bob Rossi, en efecto. Pero ¿por qué ha saltado sobre el

asiento?

—La sorpresa. Usted se parece sorprendentemente a su padre, señor Rossi.

—¿La sorpresa? Seamos claros, Gardner. En condiciones normales, usted no se hubiera asustado al verme. Por otra parte, no olvide que he presenciado cómo tres jóvenes le secuestraban, le metían en un automóvil y le administraban una soberana paliza. Incluso pude escuchar cierta frase, muy repetida. ¿Recuerda?: «No sigas con Roman».

—No significa nada —se apresuró a confesar Gardner—. Creo que sólo se trató de una gamberrada.

—No es necesario que mienta. Si los tres jóvenes que le secuestraron fueran gamberros vulgares, le hubieran matado y después le hubiesen robado. Pero no fue así. Se comportaron con cortesía... a excepción de los golpes. Y le devolvieron a la ciudad, tras asegurarse de que no había sufrido más daño que una paliza técnicamente bien administrada.

—¿Qué es lo que quiere, Rossi? ¿Por qué me ha abordado de esta extraña forma? —preguntó Gardner, ansioso por saber a qué atenerse.

—Le he estado esperando porque quería hablar a solas con usted. Voy a hacerle algunas preguntas. Después le conduciré a la dirección que usted prefiera.

—Estoy molido, usted lo sabe. Necesito descanso. Es inhumano obligarme ahora a...

—Hay muchas cosas inhumanas en esta vida, Gardner. Usted conoció muy bien a mi padre. Usted trabajó para él en centenares de ocasiones. Mi padre pagaba con largueza y se preocupaba de hacerle un regalo importante cada año. ¿Por qué le traicionó?

Gardner dio un brinco e intentó abrir la portezuela de su lado.

Pero una zarpa de acero le retuvo por un hombro.

—Le advertí que no pienso hacerle ningún daño. No me obligue a ello, Gardner. Voy a hacerle la primera pregunta... ¿Qué negocios se trae con Bill Roman?

El notario rehuyó la mirada de Rossi.

—Bien, soy su asesor legal y he legalizado algunas de sus transacciones comerciales. Eso es todo.

—Míreme cuando me hable —ordenó secamente Rossi—. Y

escuche: mi afición es la arqueología y la criptología, pero aparte de ello mi padre tenía la esperanza de que un día dirigiese sus empresas. Me obligó a estudiar Derecho, me licencié en Economía y domino todo lo relacionado con las transacciones comerciales. He estado realizando cierta investigación. La conclusión es ésta: mi padre no pudo quebrar, por tanto, no tuvo que ceder ni un metro cuadrado de sus factorías a Roman. Presumo que todo es un vulgar y criminal chanchullo, al que usted ha dado visos de legalidad. Seguiré investigando y obtendré pruebas. Piénselo, Gardner. Le conviene decirme toda la verdad. Antes o después la tendré. Y entonces no tendré piedad de usted. Le hundiré, destrozaré su carrera y su reputación. Le arruinaré. Tal vez tenga que pasar algunos años en prisión. Usted no es ningún jovencito. Por otra parte, la tensión de su vicio por el juego le ha envejecido prematuramente. Cuando salga de la cárcel solo será un viejo acabado. Todos le rehuirán y le señalarán ignominiosamente. Es posible que un día, cansado de vivir, se dispare un tiro en la cabeza o ingiera dos tubos de barbitúricos.

Fue una larga parrafada. A medida que Rossi había ido hablando, Gardner había ido inclinando su cabeza sobre el pecho.

Se sentía, en verdad, deprimido y acabado. Pero aún poseía la serenidad suficiente para pensar. A toda prisa.

Rossi parecía un muchacho honrado. Si le confesaba la verdad, era muy posible que el hijo del *Padrone*, *arrojase* tierra al asunto.

Se salvaría de la cárcel y del deshonor.

Pero un día, Bill Roman sabría, sin lugar a dudas, que él, Gardner, había hablado. Que se había «chivado» al hijo de Rossi.

Gardner conocía suficientemente a Roman.

Sabía que Roman era un animal sanguinario con una inteligencia privilegiada y una crueldad sin límites.

Le mataría, como venganza.

Le asesinaría. Lo haría despacio, lentamente, hasta exprimir la última gota de sufrimiento.

Al compás de sus pensamientos, Gardner se estremeció de pies a cabeza.

La vida había sido dulce y cómoda para él. Había conocido el prestigio, la riqueza y el placer.

Si hablaba, todo ello desaparecería como barrido por un

vendaval. Roman era intransigente.

—Está desvariando, muchacho —dijo al final—. Todo lo que acaba de decir no son sino banalidades. ¿Cómo se le ocurrió pensar tal cosa? Soy un hombre honrado, un profesional. Debería sentirme ofendido e incluso podría denunciarle por calumnias. El respeto que me merece la memoria de su padre me obliga a olvidar sus insultos. Ahora, por favor, salga de este coche. Debo regresar a casa y descansar.

Había conseguido hablar con firmeza. Pero sus palabras no hicieron la menor mella en Bob Rossi.

Advirtiéndolo la fría mirada escrutadora que Rossi le dirigía, el notario temió que el joven fuese a golpearle.

—No creo una palabra, no puede engañarme, Gardner. Está todavía fresca en mi memoria la paliza que tres jóvenes le dieron... ¿Por qué?

—No le dé tanta importancia. Hace algunos días, Joe Gallagher vino a verme a mi despacho. Me propuso un negocio vergonzoso. Fue tanta mi indignación, que ordené a mi secretario que le arrojase a la calle y le amenacé con denunciarle ante la policía. Gallagher es un *gangster*, un *delincuente*. *Ya sabe cómo son esos tipos: se dejan llevar por el ansia de la venganza cuando algo no les sale a la medida de sus caprichos. Esos jóvenes gamberros fueron enviados por él, estoy seguro. «No sigas con Roman» equivale a aconsejarme que atienda su petición de participar en un negocio sucio, ¿comprende? Pero no olvidaré esto; mañana mismo denunciaré a Gallagher ante la policía.*

Rossi le miró en silencio, con frío desprecio. No había creído una palabra de las que Gardner acababa de pronunciar, pero adivinaba que el notario seguiría manteniendo silencio respecto al asunto Rossi.

Así pues, bajó del automóvil. Ya fuera, se inclinó sobre la ventanilla y dijo:

—Vivo en Marechal Road, 203. Si quiere hablar conmigo, vaya a verme allí. Y recuerde, Gardner; la asociación con delincuentes conduce a la penitenciaría o... a la muerte.

Gardner murmuró una palabrota, arrancó rabiosamente y se perdió al final de la calle.

Bob Rossi cruzó la calle y se detuvo junto a su pequeño automóvil europeo.

Poco después rodaba hacia Marechal Road, situada en un barrio tranquilo de las afueras.

Dejó el coche en el garaje del jardín y penetró en el *bungalow*.

La señora Harrigton, dueña de la casa, se elevó bruscamente de su butaca y le miró con acritud.

—Se lo advertí, señor Rossi. No permito que mis inquilinos acudan a casa a horas tan intempestivas. —Gruñó la anciana, simulando enfado—. Tendrá que reformarse.

Bob no le hizo el menor caso.

—Lo tendré en cuenta, señora Harrigton. Pero ¿por qué ha aguantado hasta hora tan avanzada? —preguntó, indiferente.

—Oh, pues —balbució la señora Harrigton—, es usted un tipo muy misterioso. Me fascina. En realidad, debería pedirle que abandonara mi casa, pero adivino que su presencia aquí hará menos monótonos mis días.

Bob se encogió de hombros.

Sabía que los ancianos padecen manías, que su cerebro empieza a debilitarse y reaccionan de forma extraña.

—Buenas noches, señora Harrigton —dijo, subiendo ya la escalera—. Es muy tarde y debo descansar.

Desde el descansillo, se volvió de repente y advirtió:

—Ah, y no vuelva a registrar mi maleta, por favor. Sé que ha visto mi pistola. No, no lo niegue, no es necesario.

La señora Harrigton enrojeció hasta la raíz de los cabellos. Fue a hablar, pero sus mordaces comentarios murieron en su misma garganta.

A la hora en que Bob Rossi se dejaba caer sobre el florido lecho que la señora Harrigton le había preparado, Rolf Gardner llegaba al *bungalow* de Bill Roman, situado en Longsboro.

Sentía la garganta seca y ansiaba dejarse caer sobre la cama, pero lo primero que hizo fue buscar un teléfono.

Lo encontró en el rústico cuarto de estar, junto a la gran chimenea.

Nerviosamente marcó un número. Cuando al otro lado tomaron el teléfono, Gardner exclamó, ya impaciente:

—¡Al fin! Sí, soy Gardner. He recibido la visita de Rossi...

—¡Rossi! ¿Estás loco?

—Serénate, Bill. Se trata de Bob Rossi. Me abordó cuando me

disponía a tomar el coche que pusiste a mi disposición. Estuvo incisivo y acusador. Ese hombre es un peligro, Bill. No es el niño estúpido del que tú me hablaste, sino un hombre duro y preparado. Me amenazó. Aseguró que lograría pruebas contra mí en el caso de la herencia Rossi. Y estoy seguro de que lo conseguirá, si se lo propone... ¡Hay que hacer algo, Bill! Siento como si las plantas de los pies rozasen una plancha metálica al rojo vivo.

Se produjo un silencio.

—¿Estás ahí, Bill? —preguntó Gardner, cada vez más nervioso.

—No escandalices. Escucha. —Era su frase preferida—, no tienes que preocuparte. Yo me ocuparé de todo.

Y colgó.

Por su parte, Gardner buscó la alcoba y se dejó caer sobre el lecho sin desnudarse.

Pero a pesar del cansancio y del dolor de sus músculos no pudo dormirse inmediatamente.

La inseguridad del presente, le obligaba a pensar intensamente en su incierto futuro.

Por fin, cuando ya alboreaba se quedó dormido.

Un momento antes acababa de decidir cuál sería su conducta futura.

Tendría que moverse a la mañana siguiente. Vendería su apartamento. Y también el coche, los muebles, el bufete...

Lo convertiría todo en dinero y retiraría doscientos mil dólares de la cuenta que Roman había abierto en el Banco a su nombre.

En cuanto tuviera el dinero en su poder, huiría lejos. Todo lo lejos que un hombre puede huir con trescientos o cuatrocientos mil dólares.

CAPÍTULO VI

Y lo consiguió.

Lo hizo calladamente, con discreción.

Por desgracia, el miedo, el terror más profundo le acompañaba a todas partes. El miedo estaba con él.

Fred Ruster le facilitó mucho las cosas. Ruster tenía una agencia de la propiedad inmobiliaria y en media hora le encontró un comprador en firme: una empresa liquidadora.

Cierto que perdió mucho al vender aprisa. Tal vez, cincuenta mil dólares. Pero... ¿qué importaba? Se sentía ansioso por abandonar la ciudad e incluso Estados Unidos. Iría a México, o a Venezuela. En Sudamérica, con aquellos cuatrocientos mil dólares...

A pesar de su discreción, a pesar de su desconfianza, Gardner no pudo advertir que todas sus idas y venidas eran controladas al milímetro.

Desde una furgoneta de reparto, dos hombres vestidos con monos de mecánico le habían seguido desde la mañana.

Había también un «Mercury» abollado que le seguía disimuladamente. Dentro estaba John *Krustchev* Parker y un amigo suyo, muy delgado, que se llamaba Dimkus.

El apodo Krustchev le venía a la medida a John Parker.

Al igual que el exestadista soviético caído en desgracia, Parker era rechoncho, de anchos hombros, calvo...

Era alto, pero su robustez disimulaba la elevada estatura. Tenía los ojos pequeños y malignos.

Si Gardner hubiera podido adivinar que Krustchev andaba tras sus pasos, con toda seguridad se hubiera detenido en la comisaría más cercana y se hubiera entregado a la policía implorando protección.

A la una de la tarde, sin embargo, Gardner había terminado sus apresuradas gestiones.

En una maleta llevaba cuatrocientos cinco mil dólares en billetes crujientes, nuevos.

—¿Lo tiene? —resonó una voz gruesa en el altavoz del radioteléfono del «Mercury» que conducía Dem Dimkus.

Krustchev descolgó y oprimió la palanca.

—¿El dinero? Sí, el tipo se ha dado prisa. Por desgracia, ahora mucha gente sabe que Gardner emprende una retirada muy precipitada. Deberíamos...

—No seas estúpido, Krustchev, y límitate a seguir mis instrucciones. Por lo demás, me interesa que todos sepan que Gardner se larga a la desesperada. Escúchame; no alteres mis planes en nada, todo debe ocurrir como he dispuesto.

—OK, jefe. —Gruñó Krustchev de mal talante. Y cortó la comunicación.

—Ha tomado un taxi —advirtió Dimkus, con una vocecilla atiplada.

—Adelante.

El taxi amarillo de Gardner atravesó la ciudad y se detuvo ante un gran parque en el que se alineaban centenares de vehículos de ocasión.

—Aple-Cars —dijo Dimkus—. Va a comprarse un coche.

—¿Y qué esperas, pequeño? Habla con Thompson. Ya sabes lo que tienes que hacer —ordenó Parker.

Gardner bajó del taxi llevando en la mano derecha, firmemente sujeta, la maleta que contenía su tesoro.

Penetró en el parque
Aple-Cars.

Se dirigía a la cabina de cristal instalada en un extremo, cuando un empleado salió de ella y anduvo a su encuentro.

—¿Un espléndido deportivo, señor, o tal vez, un lujoso sedán? Dispongo de un lote de automóviles inmejorables... Venga, venga conmigo. En ningún sitio podría encontrar una oportunidad mejor. El precio es francamente bajo, casi regalado, diría yo, si me permite. Por lo demás, puedo aconsejarle... ¿Ve ese «Buick» verde? Vale dos mil dólares, pero sólo le costará mil setecientos. Casi nuevo, apenas ha hecho cuarenta mil kilómetros. Un millonario caprichoso. No le gustaba el color verde...

Gardner atendía muy por encima a la verborrea del vendedor.

Miró el «Buick». En verdad el coche parecía nuevo.

—Póngalo en marcha —rogó. El vendedor se introdujo tras el volante y dio al contacto. El motor arrancó con suavidad, sin un solo chirrido.

—Me conviene. Prepare los documentos. Me lo quedaré —decidió Gardner.

Pero el vendedor se llamaba Thompson.

Y estaba mirando a Dem Dimkus, que le hacía señas perentorias desde la cabina de cristal.

—Un momento, señor.

Thompson volvió poco después.

—Aquí están los documentos. Hace una buena compra, señor... ejem... Gardner, una verdadera ganga la que ha conseguido. Puede ir a tomar un café o un martini al bar. Camine hasta el fondo. Allí lo encontrará.

—No quiero tomar café ni ninguna otra cosa —respondió el notario, adustamente—. Deme los documentos.

—Espere. Quiero revisar bien el coche. Le cambiaré el aceite, llenaré el radiador de agua y comprobaré los neumáticos. Seguridad, señor Gardner. Sólo tardaré diez minutos en hacer el trabajo —insistió Thompson.

Gardner asintió de mala gana.

Diez minutos después salió de la cantina anexa al negocio. El coche estaba listo.

Pagó, pues, y se instaló tras el volante.

Cuando salió, Dimkus estaba entregando unos billetes al vendedor.

Gardner arrancó bruscamente y alcanzó la carretera, dirigiéndose al sur.

Había perfilado sus planes. Se alejaría en el automóvil unos centenares de kilómetros y después alcanzaría cualquier aeropuerto internacional y tomaría un *jet* bajo nombre supuesto.

Rodaba a más de cien millas por hora a lo largo de la lisa autopista, cuando notó que el automóvil perdía progresivamente velocidad.

Sus mejillas enrojecieron de cólera.

—¡Maldito embaucador! —bramó, recordando las alabanzas que el vendedor había hecho del «Buick»—. Me engañó. El coche es un

trasto.

Todavía abrigaba una leve esperanza cuando el automóvil descendió una pronunciada cuesta. Gardner comprobó, con alivio, que el automóvil se embalaba un tanto.

Cruzó el badén a unas setenta millas por hora y atacó la próxima pendiente.

Cuesta arriba, a mitad de distancia entre el badén y el cambio de rasante, el vehículo sufrió una violenta convulsión y se vino abajo.

Gardner apenas tuvo tiempo de encender el intermitente de la derecha y detenerse sobre el arcén.

Temblaba de ira cuando abrió la portezuela y elevó el capot.

El bloque motor despedía un humo acre y maloliente.

Gardner no entendía mucho de motores, pero extrajo la aguja del aceite y renegó con toda su alma al advertir que estaba seca.

—¡Maldito necio! Vació el aceite viejo y se olvidó de poner el nuevo. Sin duda, el motor se ha «gripado». —Gruñó, desalentado.

La autopista estaba desierta.

En lo alto de la colina próxima se encontraba, oculto entre los matorrales polvorientos, el «Mercury» de *Krustchev* Parker.

Miró durante unos segundos a través de unos prismáticos y sonrió.

Inmediatamente descolgó el radioteléfono y marcó.

—¿Graham? *Krustchev* —exclamó—. Sí, en mitad de la cuesta. Vamos, pisa el acelerador y date prisa. Ya sabes lo que tienes que hacer. ¡Andando!

Tres minutos después un gran camión con capitoné aparecía en la autopista.

Gardner lo vio y sus ojos brillaron con un destello de esperanza.

Poco después, ante las apremiantes señales que hacía Gardner en mitad del firme, el camión se detenía detrás del «Buick».

—¿Pueden llevarme hasta la próxima ciudad? —preguntó Gardner, que llevaba en la mano su maleta.

Jim Graham enseñó sus dientes manchados de nicotina en una sonrisa que pretendía ser amable.

—Lo siento, amigo. Pero como ve, somos dos personas las que ocupamos la cabina, mi ayudante y yo mismo. Los policías de carreteras no permiten que viajen tres personas en la cabina. Sin embargo...

—¿Sí? —inquirió ansiosamente Gardner, que había ensombrecido el ceño al oír la explicación.

—Puede entrar en la parte posterior. Es incómodo, pero conseguirá llegar a la próxima población de esta ruta.

Gardner dudó un momento.

—Está bien —decidió—. Tengo prisa, ¿comprenden? He de encontrar un taller de reparaciones para contratar una grúa y remolcar mi coche. De modo que viajaré donde me indiquen.

Graham volvió a sonreír. Miraba el humo azulado que brotaba del motor del «Buick».

—Ábrele la puerta, Nat —ordenó al hombre que viajaba junto a él. Y añadió, mirando a Gardner—: No se asuste si Nat cierra la puerta. Es una precaución necesaria para que no nos detengan los motoristas patrulleros. Por lo demás, el interior está ventilado y tiene luz. La encenderé.

—Gracias, muchas gracias —murmuró Gardner atropelladamente. Y siguió a Nat que había bajado de un salto y abierto ya las enormes compuertas posteriores del capitoné.

—Suba —indicó.

Gardner puso un pie en la trampilla y ascendió. Inmediatamente las puertas se cerraron tras él.

Había luz, era cierto.

Gardner lo advirtió al mismo tiempo que notaba la trepidación del vehículo, poniéndose en marcha.

Debía haber sido más cauto, sin embargo.

Debía haberle llamado la atención el bulto cuadrado tapado con una lona, allá en lo alto de la carrocería de aluminio.

El camión aceleró y el conductor debió cambiar de velocidad, porque Gardner se tambaleó y rodó por el suelo.

Se puso en pie, dolorido y rabioso.

Entonces advirtió que el interior de aquel capitoné estaba revestido de plástico blanco y sus planchas manchadas de pintas rojas. Olía a carne, allí dentro, además.

Aterrado, Gardner descubrió un termómetro empotrado en el revestimiento plástico.

Entonces escuchó el zumbido.

Y comprendió.

¡Le habían encerrado en el interior de una cámara frigorífica

para el transporte de carnes!

Arriba, el compresor frigorífico runruneaba cadenciosamente.

Pronto, Gardner notó que el frío traspasaba sus huesos.

Quiso gritar y notó que sus gritos apenas tenían resonancia. El grueso blindaje de espuma de poliuretano tamizaba los sonidos a la perfección, atenuaba cualquier grito.

Nunca, nunca podrían escucharle fuera.

—¡Deténganse, deténganse! —gritó con un espasmo agónico.

El camión continuaba marchando, impertérrito. Como una burla, seguía escuchándose el runrún apagado del frigorífico, allá en lo alto.

Sus ojos, extraviados, enloquecidos, se detuvieron sobre la escala graduada del termómetro.

La temperatura había bajado dentro del vehículo a cero grados.

Luego descendió a dos bajo cero, a cuatro, a seis...

Gardner se dejó caer al suelo y abrió la maleta que contenía cuatrocientos mil dólares.

Su mente había elaborado una idea infantil: cubrirse con los billetes para resguardarse del frío creciente.

Sus movimientos eran cada vez más lentos. Aun así consiguió cubrirse con una montaña de dólares.

Una gran lasitud, una sensación dulce y placentera le asaltó cuando se quedó inmóvil.

Sonreía, satisfecho, cuando su corazón se detuvo para siempre.

CAPÍTULO VII

Una chica despeinada y desnutrida condujo a Bob Rossi a lo largo del corredor que daba sobre el patio de vecindad.

—¡Tío! —gritó, después de aporrear la puerta.

Dentro contestó alguien con voz cascada y temblorosa.

—Puede usted pasar. Tío Joe está levantado —dijo la chica. Y empujó la puerta.

Bob arrugó la nariz al aspirar el aire maloliente de la oscura habitación.

Vio algunos muebles pasados de moda, viejos, cubiertos de polvo.

Una sombra surgió de la habitación vecina.

Era un anciano, esquelético, de rostro amarillento, huesudo. Los ojos aparecían escondidos en sus cuencas como dos carbunclos.

—Buenas tardes —saludó Bob, amablemente—. ¿Es usted Joe Gallager?

La reacción del anciano, que permanecía sentado sobre una desvencijada silla de ruedas, no tardó en producirse.

Pareció replegarse sobre sí mismo, apretó los labios y entornó los ojos con manifiesta desconfianza.

Pero de repente la severidad huyó de su rostro y brotó una carcajada que puso de manifiesto sus encías sin dientes.

—Sí, soy yo —confesó—. Es curioso; siempre que viene a verme algún desconocido me siento sobre ascuas... en principio. Son resabios de antaño sin duda. ¿Quería algo de mí, señor...?

—Soy Bob Rossi. Mi padre me habló muchas veces de usted —mintió Bob.

—¡Rossi, el *Padrone*! —exclamó Gallager—. Era un buen hombre. Un tipo con agallas, recio, duro, pero bueno y honrado para los que iban derechamente a él. Lo siento, hijo. Sé que ha muerto. Pero podemos hablar. Puedes decir lo que sea con toda tranquilidad.

Bob apenas podía creer lo que estaba viendo.

Había ido a ver a un *gangster famoso, duro y acerado como un cable y... se encontraba con un viejo decrepito y burlón.*

—Rolf Gardner debe estar de muy mal humor, señor Gallagher. Sobre todo, después de la paliza que usted ordenó... —comentó, observando la reacción del anciano.

Gallagher abrió unos ojos como platos.

—¿Gardner? ¿Paliza? —preguntó, desconcertado—. ¿Qué cuento es ése, hijo?

—Una broma —contestó Bob, sonriendo levemente—. He venido a visitarle porque mi padre me encargó que le trajese un pequeño regalo. Aquí está.

Dejó sobre la mesa diez billetes de cien dólares y alzando la mano, se dirigió a la puerta.

Detrás quedó el viejo *gangster murmurando palabras de agradecimiento y besando reverentemente los billetes.*

Chasqueado, con la cólera bullendo en su pecho, Bob salió a la calle.

En el pasillo, una mujerzuela de bien formadas caderas y poderoso busto, se le quedó mirando provocativamente.

Abrió la portezuela del pequeño «De Tomasso-Mangusta» aparcado a veinte metros de distancia y abandonó el suburbio.

Glen Strangle, un veterano detective privado, había logrado averiguar para él el domicilio actual de Luigi Colpino, uno de los hombres de confianza del *Padrone*.

Hacia las seis de la tarde alcanzó la vieja mansión, cuarteada y ruinosa, ubicada a la orilla del mar.

Estaba aparcando cuando dos hombretones vestidos con monos de mecánicos aparecieron en el porche.

Sus rostros, endurecidos e innobles, se tensaron al distinguir el pequeño coche europeo.

Viéndoles avanzar en derecha, Bob salió prestamente del vehículo y aguardó.

—Largo —dijo uno de ellos groseramente.

Bob simuló no haber oído.

—Soy Robert Rossi. Vengo a visitar a míster Colpino —explicó enseñando los dientes en una sonrisa amable.

—No se admiten visitas —rió el otro. Y avanzó sobre Rossi—.

Conque ahueque el ala o resultará perjudicado.

A Rossi no le gustó el tono. Y menos la expresión entre burlona e hiriente de los dos individuos.

Y recordó la advertencia de Strangle:

«Cuando salí a la carretera me crucé con dos hampones. Eran Goarding y Clemence, dos pandilleros peligrosos. Me temo que Colpino ha vuelto a emprender la ruta de la violencia».

Aquellos dos hombres debían ser, sin duda, Goarding y Clemence. Dos guapos acostumbrados a meter el miedo en el cuerpo a algunos infelices.

Bob tenía en la palma de la mano una rosca de acero, de las empleadas en asegurar las ruedas neumáticas a su tambor mecánico.

La pieza era pesada y contundente y quedaba oculta a la vista de los dos pandilleros.

—¿Quiere que le refresquemos los oídos, palomo? —Gruñó Goarding. Y se aproximó belicosamente hacia Rossi.

Bob puso el gesto cándido y aguardó sin moverse. Sólo cuando Goarding alzó el puño derecho, Rossi elevó rapidísimamente el suyo.

El golpe sorprendió en la mandíbula al hampón cuando tenía la boca abierta mascullando palabrotas.

Sonó un crujido terrible. Goarding bufó como un toro y cayó al suelo con la mandíbula desencajada.

Clemence quedó inmóvil como una estatua y tan pálido que Rossi temió que fuera a sufrir un colapso.

De repente, dio media vuelta y huyó hacia la casa, mientras Rossi sopesaba la pesada rosca de acero en la palma de su mano.

Goarding estaba en el suelo, arrojando espumarajos por la boca.

—Tienes la lengua muy sucia, canalla —se burló Rossi, mirándole—. Es justo que permanezcas sin hablar durante una temporada.

Se dirigía al porche, cuando el propio Colpino apareció en la puerta cristalera, seguido por Clemence.

—¿Quién es usted? —preguntó Luigi con frialdad—. ¿Es cierto que se llama Robert Rossi?

Sin contestar, Bob se acercó y observó cuidadosamente el pulcro aspecto del antiguo *gangster*.

—¿Tanto he cambiado que no puedes reconocerme, Luigi? He venido a hacerte una visita. Pero ese tipo y el que ves en el suelo, trataron de comportarse como dos escorpiones...

—Lo siento. Es cierto, ahora reconozco en tu rostro las facciones del *Padrone*. Entra, Bob. Y tú, estúpido, mete a Goarding en un coche y llévalo al puesto de socorro más cercano.

Precedido por Colpino, Rossi penetró en la casa hasta alcanzar la gran habitación orientada hacia el oeste que servía de *living al dueño de la casa*.

Había una puerta entreabierta, a la derecha.

Bob oyó las voces y se detuvo, suspenso.

—Siéntate, Bob —ofreció Colpino, nervioso. Pero Bob caminó rectamente hacia la puerta próxima.

—¿Es que no voy a poder saludar a los viejos colaboradores de mi padre? Me ha parecido oír la voz de Al Badaglia, de Amedeo Brown...

—Oh, lo siento, perdóname. Cuando Clemence entró y me contó el incidente, olvidé que esos viejos amigos habían venido a hacerme una visita de cortesía. Pero entra. Tomaremos una copa juntos —respondió Luigi, disimulando su embarazo.

Tres rostros se volvieron hacia él cuando Rossi entró.

Lino Neracosta, con su rostro bestial, transfigurado, se puso en pie de un salto.

Ver saltar a un hombre corpulento y anguloso, que debía pesar más de ciento veinte kilos, fue todo un acontecimiento.

—¡El *Padrone*! —gritó como alucinado—. ¡Es él! ¡Ha vuelto! ¡Perdón, perdón, *signore*, yo...!

Al Badaglia palideció.

Y también Amedeo Brown. Tanto como Colpino.

—Está... —dijo Colpino con una sonrisa indulgente y barrenándose la frente expresivamente—, enfermo. No sé si lo recordarás; a Lino le atropellaron unos «torpedos» de Tad Caressa. Le fracturaron el cráneo y logró vivir de milagro. Desde entonces...

—Comprendo —dijo Bob—. No voy a distraeros mucho tiempo. Sólo quería suplicar vuestra ayuda. Fuisteis hombres de confianza de mi padre, trabajasteis junto a él y le servisteis con fidelidad, tanto en los tiempos duros como en los siguientes, más tranquilos...

—¿Y bien? —preguntó Colpino, que parecía estar aguardando la

explosión de una bomba de plástico.

—Iré al grano: papá poseía un capital de quinientos millones de dólares. De ello hace apenas dos meses. Algo ha ocurrido. Papá ha muerto en extrañas circunstancias. Y Roman tiene todas las empresas Rossi. Quiero enderezar algo que se ha torcido. Legalmente, se entiende. Si podéis darme alguna orientación, si podéis ayudarme, el *Padrone* se sentirá más tranquilo en su tumba.

Brown, Colpino y Al Badaglia se miraron entre sí, sobrecogidos. Podría decirse que un viento helado de ultratumba había atenazado sus corazones.

Sólo Neracosta permanecía impasible, una vez vuelto a la tranquilidad.

—Nos gustaría ayudarte, Bob, puedes creerlo —dijo al fin Colpino, haciendo un gesto ampuloso con sus finas manos—. Pero nada podemos decirte. El *Padrone*, bendito sea su recuerdo, andaba muy mal de salud, tú debes saberlo. Se descuidaron los negocios, faltaba un cerebro que dirigiese el imperio. Roman tuvo suerte y adquirió la mayor parte de las empresas de tu padre.

Bob los miró uno a uno, con fijeza.

Omertà se llamaba aquel silencio. Nadie denunciaría a nadie, Bob estaría solo para llegar hasta el fondo de la verdad.

—De acuerdo —exclamó, de pésimo humor—. Tal vez volvamos a vernos. Y tengáis que lamentarlo. Escuchadme bien: los tiempos han cambiado. La ley tiene mayores recursos. La policía derrocha técnica y paciencia. Mi discurso deshilvanado tiene un significado; si habéis tenido parte en la muerte de mi padre y en su ruina, yo os desenmascararé. Y no enviéis vuestros asesinos contra mí. Estoy bien protegido, perfectamente respaldado. Puedo contar en cualquier momento con una «banda» de millares de «torpedos» muy eficaces.

Pasmados por el asombro, le vieron girar sobre sus talones y abandonar la húmeda habitación, dando un terrible portazo.

—No comprendo nada —murmuró el rechoncho Brown—. Con el *Padrone*, al menos, las cosas eran claras.

—Está loco —exclamó Al Badaglia, alzando una mano amenazadora contra la puerta—. Dice que puede contar con millares de pistoleros en cualquier momento... ¿Qué piensas tú, Luigi?

Colpino se volvió lentamente hacia sus compañeros.

—No lo sé —confesó, pensativo y preocupado—. Lo único que he podido apreciar es que Bob Rossi no es el petimetre que siempre pensé. Parece un hombre duro e intransigente. En cualquier caso, una cosa es clara: no vamos a permitir que meta sus narices en nuestro negocio. La guerra está entre Roman y nosotros, pero no admitiremos a intrusos.

CAPÍTULO VIII

A las nueve de la noche, Bob Rossi masticaba lentamente un bistec en la barra del restaurante Barnett's.

Se llevaba a los labios una copa de rosado Chianti cuando vio al teniente Grisum al otro extremo de la barra.

Grisum también debió verle porque un instante después depositaba junto a él su plato de *pizza*.

—Salud —dijo Grisum, elevando su jarra de cerveza—. Tengo una noticia para usted.

—Estamos en igualdad de condiciones —respondió Rossi—. Tengo que decirle que voy a presentar una denuncia contra el notario Gardner. Estoy seguro de que falseó el testamento y otros documentos de mi padre.

—Ha llegado tarde, Bob —respondió el policía con una sonrisa burlona—. De nada le valdrá.

—¿Está loco? Soy abogado y sé cómo debo orientar las cosas. Lograré desenmascararle.

—No se esfuerce. El cadáver de Gardner ha sido encontrado esta misma noche. Un camionero estuvo a punto de volcar al pasar sobre un bulto blanco que había en la carretera. Lo que tomó por un pedazo de lona enrollada, era el cadáver completamente congelado y cubierto de hielo de un hombre: Rolf Gardner.

Rossi parpadeó, impresionado.

—Asesinado —murmuró—. Eso confirma mis razones, teniente. Le han matado para evitar que confesara...

—Es posible —concedió Grisum—. Pero ¿quién? ¿Quién...?

A Bob le dolía la cabeza si pensaba en un presunto culpable.

Podía muy bien ser Roman, que era el que se había lucrado con las riquezas del *Padrone*.

O Colpino, Brown, Badaglia, Neracosta...

Todos ellos callaban, como en una hermandad mañosa. Luego

todos eran culpables en mayor o menor grado.

De repente recordó a Sara Rossi.

—Ella —murmuró—. Ella está comprometida. Me jugaría el cuello...

Grisum rió, divertido.

—Juéguese cien dólares y siempre saldrá ganando... su cuello —dijo. Y se quedó mirando curiosamente a Rossi.

—¿Qué ocurre? —preguntó éste.

—No se vuelva —advirtió el policía, tenso—. He visto un rostro conocido entre las personas que están en la barra. Espere.

De repente algo parecido a un cigarro habano surcó bajo las lámparas del techo y saltó sobre el cinc de la barra.

—¡Al suelo! —Rugió Rossi a pleno pulmón, empujando al policía y a las personas más próximas.

Una muchacha cayó al suelo y gritó airadamente cuando sus muslos quedaron al descubierto.

Luego brilló una luz vivísima y una explosión atronadora estremeció el establecimiento.

Cuando Rossi consiguió incorporarse, Grism corría tras el individuo que había conseguido alcanzar la puerta del restaurante.

Bob también corrió tras el policía, sin detenerse a admirar los destrozos que el cartucho de dinamita había causado.

El fugitivo vestía un anorak largo, de color gris. Y corría velozmente, calle adelante.

Los gritos de Grism, que empuñaba su revólver de reglamento no lograron detenerle.

El hombre del anorak cruzó la esquina sin detenerse. El disco estaba verde para los vehículos.

De repente, un autobús «Greyhound» apareció en la esquina.

Bob pudo escuchar perfectamente el chirrido de los frenos, el ruido de las planchas del autocar y las blasfemias del teniente Grism.

Cuando llegaron a la esquina, el hombre del anorak yacía bajo las ruedas del autocar y una gran mancha de sangre se extendía sobre el asfalto.

—¡Ese loco! —clamaba el conductor del autocar—. Se metió bajo las ruedas del coche de improviso. Frené, pero...

Grisum le dirigió una palabra dura.

Luego le ordenó dar marcha atrás cuidadosamente hasta que el cuerpo inmóvil del hombre quedó al descubierto.

—Es inútil. —Se lamentó Grisum—. Este hombre está muerto, convertido en puré. Aguarden. Llamaré un coche-patrulla.

Un cuarto de hora después, una ambulancia se llevaba el cadáver completamente destrozado del desconocido.

Grisum rellenó un boletín y volvió al restaurante, seguido de Rossi.

El establecimiento había sido desalojado. El suelo estaba cubierto de escombros, todas las botellas del anaquel habían volado y la barra estaba retorcida como si fuese de hojalata.

Grisum, sin embargo, exigió que le sirviesen una nueva porción de *pizza* en una mesa y devoró su plato como si tal cosa.

Pero Rossi no fue capaz de probar un bocado. La visión de aquel cuerpo roto, la sangre derramada y la sensación viva del peligro de muerte que había corrido momentos antes le quitó el apetito.

—¿Quién era? —preguntó a Grisum, cuando el teniente terminó su pitanza.

—¿El que lanzó la dinamita? *Boom* Jones, un maleante de escasa categoría. No sé si podremos averiguar quién le pagó para arrojar ese petardo, pero una cosa está clara.

—¿Qué cosa?

—Que ese cartucho estaba destinado a convertir en pedazos a una sola persona: usted. Le aconsejo que se cuide, Bob. ¿Se da cuenta de que está en peligro de muerte?

Rossi asintió lentamente.

Comenzaba a comprender que se había introducido en un mundo subterráneo, lóbrego y mil veces peligroso.

Pero había avanzado tanto que ya no le era posible retroceder.

—Espere —llamó el teniente al ver que Rossi se dirigía a la puerta, tras unas palabras de despedida—. Aún tengo otra noticia para usted.

—Díjala —respondió Bob, volviéndose.

—Se trata de Sara Rossi. La vi salir de su casa hace una hora. Y ¿sabe adonde fue? Al apartamento de Bill Roman, en Sheridan Avenue. Logré colarme en el ascensor sin despertar sospechas en el portero y llegué hasta la terraza. Desde allí, descendí por la escalera de emergencia y me detuve en la planta doce, dónde está situado el

apartamento de Roman. A través de una rendija de la cortina de terciopelo rojo que Roman tiene en su vestíbulo, pude contemplar una escena singular.

—Siga —suplicó Rossi, ansioso—. ¿Cuál era esa escena?

—La señora Rossi estaba en brazos de Roman. Y no parecían disgustarle las caricias de ese tipo. ¿Va comprendiendo ahora?

Bob chirrió los dientes.

Un velo casi imperceptible de tristeza veló sus ojos.

—¡Esa perra...! Ni siquiera respeta el recuerdo de su esposo —murmuró.

Y escapó de Barnett's como si le persiguiesen legiones de diablos.

Tranquilamente, Grisum tomó un puñado de mondadientes de un cubilete de plata, se llevó uno a los dientes y salió a la calle, satisfecho por la excelente cena que acababa de disfrutar.

CAPÍTULO IX

Bob Rossi colgó el teléfono y volvió a su coche.

Sacó el plano de la ciudad y buscó en la guía las palabras Sheridan Avenue. Fijó el sector con un trazo azul de bolígrafo y partió.

—He aquí un monstruoso rompecabezas —pensó, mientras rodaba atento al tránsito.

En aquel momento era absolutamente consciente de que se había metido en un tremendo embrollo.

Y lo que era peor; en su pecho, en su cerebro, se había infiltrado alevosamente el diablo del rencor.

—Debo seguir la línea recta, la que siempre me marqué —pronunció en voz alta, al tiempo de frenar ante un semáforo.

La imagen de Sara vino a distraerle.

Sara se presentaba ante él como la imagen del desafío: Bellísima, ardiente, provocativa...

Ella le había desafiado abiertamente. ¿No suponía el asesinato del *Padrone* el más audaz reto?

—Ella es inocente —decía una vocecilla, muy débil, dentro de su pecho.

Pero Bob endurecía el gesto y rodeaba de hielo su corazón.

¿Por qué habían ocurrido las cosas así?

La había conocido al mismo tiempo que Piero Rossi la sacase del Nido Rojo.

Y se había enamorado locamente. —Tontamente, pensaba Bob —, de ella.

Dos días después, su padre le comunicó que iba a contraer nuevo matrimonio. Y la esposa era Sara Scoffi.

Piero Rossi era el *Padrone*, el jefe indiscutible, el hombre que dominaba un imperio y tenía autoridad sobre miles de hombres.

Cuando Bob inclinó la cabeza ante el *Padrone*, la rabia encendía

una candente hoguera en su pecho.

Debía someterse, debía acatar la voluntad de su padre... Pero el encono se había apoderado de él.

Pensó en marcharse a Europa inmediatamente. Y lo hubiera hecho de no tropezar en un bar con Dan Lorre.

El disco rojo se apagó, fulgió la luz verde, como una esmeralda.

Detrás del «De Tomasso», un tipo impaciente tocó el claxon repetidamente.

Bob pisó el embrague, movió la palanca de cambios y arrancó, indiferente.

Pero de nuevo los pensamientos, las locas ideas, se apoderaron de él cuando avanzó en solitario por Post Avenue.

No comprendía que era muy peligroso para él distraer su atención.

Era absolutamente necesario que permaneciese vigilante a cada momento, a cada segundo.

Porque la muerte le acechaba.

¿Cuántas personas podían tener interés, en aquel momento, en eliminar al único hijo vivo del *Padrone*?

Miró el espejo retrovisor. Un coche se desvió en aquel momento a la izquierda. Bob observó la ruta. Todo parecía tranquilo.

Sara volvió de nuevo a su cerebro.

¡Sara! Mil veces deseable, fina, delicada, bellísima... pero lejana e inaccesible.

Sara, la egoísta, la mente calculadora.

Sara... la asesina.

Y, por último, Sara, la hembra voluble que se entregaba a un granuja como Bill Roman.

La sangre ardió en sus venas, pensando en ello.

—¡Maldita perra lasciva, que no respeta siquiera el lulo por su esposo! —murmuró.

Con un esfuerzo, arrojó aquellos pensamientos de su mente.

Debía andar con cuidado, vigilar, no dormirse. Si quería conseguir continuar viviendo.

Sus ojos estaban ya atentos. Su mirada oscilaba desde el espejo retrovisor a la ancha vía que recorría su automóvil. Y también a izquierda y derecha, en las desviaciones.

Pero nada ocurrió.

Esperó un minuto ante el cruce de Carolina Square y alcanzó Sheridan Avenue.

Frenó suavemente y detuvo su coche a treinta metros del lujoso rascacielos de apartamentos que se elevaba en la negra noche como un dedo luminoso.

Antes de abandonar el vehículo había apretado la pistola en la palma de su mano izquierda.

Si alguien intentaba asesinarle, no iba a pillarle desprevenido.

Rió brevemente, al cruzar la desierta calzada. Bob había tratado con muchos malhechores a escala internacional.

Se sentía bien preparado. Y no sentía miedo. Sólo odio. Algo que debía desterrar de su corazón, pero que no lograba aunque se lo propusiese con toda la fe.

La entrada era altísima, de cristal.

En el vestíbulo, más allá de una mesa brillante, estaba un hombre de uniforme, adormilado.

Se aproximó.

Y miró con interés el tablero cromado colgado tras la mesa.

Era una lista de los propietarios de los apartamentos.

—Buenas noches —dijo—. Soy Clark Kantilever.

—¿Kantilever? —respondió el hombre, mecánicamente—. Los señores Kantilever viven en el apartamento

34-G,

planta dieciséis. Sírvase tomar el ascensor.

La sonrisa plegó los labios de Rossi. ¿Quién conocía a Kantilever? No él, en cualquier caso, pero la disculpa valía para permitirle una incursión discreta en el rascacielos.

Hizo como el teniente Grisum. Pulsó el botón marcado con el número dieciséis. Pero cuando el aparato elevador se detuvo en la planta correspondiente, Bob pulsó el botón marcado «terraza superior».

Mientras ascendía a gran velocidad, miró la esfera de su reloj. Eran las doce diez de la madrugada.

—Estarán haciéndose carantoñas —pensó. Y aquella idea puso un fulgor colérico en sus ojos.

El ascensor se detuvo blandamente.

Bob empujó la puerta y una ráfaga de viento azotó su rostro.

El ascensor descendió automáticamente a la planta baja con un

leve zumbido.

Ante él se extendía la gran terraza superior. La luna, un disco blanco, que se escondía intermitentemente entre las nubes blanquísimas, aborregadas, se reflejaba en la gran piscina situada en el centro del plano.

Anduvo lentamente, con precaución, hacia la cornisa, buscando el remate de la escalera de urgencia.

El viento soplaba con tanta violencia que le empujó fuertemente contra la balaustrada.

Tosió.

El rumor de su tos, mezclado con el rugido del viento en las chimeneas, le impidió escuchar aquel otro sonido.

El que producía el freno neumático de uno de los ascensores deteniéndose en la planta «terrazza superior».

Miró abajo.

La avenida Sheridan era apenas un trazo punteado con chispitas luminosas.

Peligro.

Bastaría no afianzarse bien para que el viento le arrojase al vacío.

Un vacío de cuarenta y ocho pisos de altura.

Arriba hacía frío, el viento era desapacible, helado.

Abajo, exactamente en la planta doce, donde Bill Roman tenía su apartamento, la temperatura sería cálida y el ambiente acogedor.

Un nido de amor, para una pareja sin escrúpulos.

La escalera de urgencia. ¿Dónde diablos se encontraba?

Con las piernas tensas y las manos dispuestas a agarrarse a algún sitio cuando el viento soplara, Bob recorrió el muro.

Anduvo cincuenta metros hasta llegar al ángulo, cerrado por una verja de hierro, donde arrancaba la escalera de incendios.

Una sombra se deslizó tras él. Una sombra elevada, ágil, silenciosa.

Descorrió el cerrojo de la verja y la empujó hasta que golpeó contra la balaustrada.

Interiormente, imploraba, desgranaba una plegaria.

Deseaba con toda su alma que el teniente Grismus se hubiera equivocado. Y que hubiera confundido a Sara con otra pelandusca cualquiera. ¿Por qué no? Una mujer rubia se puede confundir

fácilmente con otra.

Fuertemente afianzado a la baranda de protección de la escalera, comenzó a descender.

Súbitamente, cayó sobre el descansillo. Alguien acababa de golpearle violentamente en la espalda.

Un gorgoteo rabioso salió de su garganta.

Fue a elevarse, y unas botas muy duras machacaron los dedos de su mano, mientras unos brazos musculosos le afianzaban por la cintura.

Abajo, muy abajo, estaban las lucecitas de la avenida Sheridan.

Dolorido, pasmado por la sorpresa, Bob se sintió elevado sobre la baranda de hierro.

El hombre que le agarraba, tratando de empujarle al negro abismo, era fornido, duro, gigantesco.

La luna apareció de repente, iluminando la angustiosa escena.

—¿Quién te paga, canalla? —Rugió Bob, desesperadamente—. ¡Sí... si es din... dinero, yo te ahogaré en billetes de Banco!

Krustchev Parker se detuvo un instante, cuando ya iba a arrojar a su víctima al vacío.

Apenas fue un segundo lo que duró su indecisión. Porque la orden que había recibido se impuso inmediatamente sobre su afán de codicia.

Pero aquel pequeño respiro iba a tener consecuencias fatales para él mismo.

Rossi se retorció como una serpiente y atenazó su ancho cuello.

Krustchev exhaló un gorgoteo y notó que sus rodillas se debilitaban.

Incluso así, tensó potentemente sus hombros y quiso elevar sus brazos.

Para entonces, Bob Rossi había conseguido algo desesperado: trenzar sus pies en la baranda.

Retiró velozmente sus manos y bajó la cabeza como un ariete medieval.

Sonó un crujido formidable. *Krustchev* retrocedió y cayó de espaldas sobre los metálicos peldaños.

Jadeaba. A pesar de su descomunal vitalidad.

Un segundo después saltaba como impulsado por una ballesta. Su intención era arremeter contra Rossi, en inestable equilibrio

sobre la baranda, y arrojarlo a toda costa al precipicio.

Uno de los pies del asesino, se afirmó sobre un travesaño metálico.

Las zarpas, enormes, de Parker, volvieron a rozar la americana de Rossi.

Pero sólo fue eso.

Rossi flexionó su cintura fácilmente hacia atrás, dejando que su cuerpo pendiera, oscilante sobre el vacío.

Parker se vio súbitamente sobre el aire.

Tardíamente comprobó que su impulso había sido excesivamente impetuoso.

Tardíamente, porque sus manos, ansiosas, no encontraron nada sólido a lo que asirse.

Su alarido resonó espeluznantemente en el vacío.

Colgando boca abajo, Rossi vio cómo el cuerpo de su agresor disminuía progresivamente de tamaño hasta desaparecer.

Entonces puso en tensión sus muslos, y apoyado en los tobillos, volvió a la postura vertical sobre la barra y saltó al descansillo metálico.

El viento frío seguía soplando, incansable.

Por un momento, Bob estuvo a punto de abandonar la partida.

Imaginaba que el cuerpo de su agresor sería encontrado por algún policía callejero, que un auto-patrulla llegaría al vestíbulo del rascacielos, que iban a indagar, a preguntar al conserje...

«No. Seguiré hasta la planta doce», se dijo.

No se daba cuenta de que se exponía demasiado. Y que el acicate que le impulsaba era un sentimiento peligroso llamado *celos*.

Bajó despacio, serenamente, mientras recuperaba la respiración.

Miraba por la ventana de luces para comprobar el número de la planta en que se encontraba.

Ahora sus brazos temblaban. Había actuado con serenidad para salvarse de la muerte, pero sus nervios acusaban la tensión.

Respiró pausadamente, hasta comprobar que su nerviosismo decrecía metódicamente.

¿Por qué le habían querido matar, por segunda vez?

¿Quién tenía interés en borrarle del mundo de los vivos?

¿Quién era el matón que se encontraba ahora, destrozado, en el callejón cercano a la avenida Sheridan?

Preguntas, preguntas, preguntas, preguntas...

Miles de preguntas sin respuesta. O con millares de confusas respuestas, lo que todavía era peor.

Miró a través de la ventana de luces correspondiente. Planta doce.

Más allá, en un lugar muy arriesgado, por debajo del tramo de escaleras, y casi en el aire, una gran cristalera aparecía cubierta por una cortina.

—Es un hombre con redaños —pensó Bob, imaginando que el teniente Grisum había tenido que colgarse materialmente sobre el vacío para sorprender a Sara Rossi en los brazos de Roman.

Siguiendo el ejemplo de Grisum, pasó una pierna sobre la baranda, se descolgó despacio y descendió, peldaño a peldaño, suspendido en el vacío, a cuarenta metros del suelo.

Tuvo que balancearse con cuidado antes de que sus pies tocasen el alféizar del ventanal.

Con una mano se aferró a los ladrillos, con la otra se apoyó en los distantes peldaños, en inestable y peligroso equilibrio.

Miró a través de una estrecha cortina, allá donde la estructura de chapa de la ventana terminaba.

Inmediatamente vio a Sara.

Ella estaba besando a Roman, que rodeó sus hombros con un brazo y la acompañó sonriente hasta la puerta.

CAPÍTULO X

Bill Roman no demostró sorpresa alguna cuando Bob Rossi apareció ante él, seguido de Jay Simmons, su mayordomo-guardaespaldas.

—Bienvenido, Bob —dijo Roman amablemente. Y sonrió.

Era agradable aquella sonrisa.

Pero Rossi no estaba preparado para fingir.

—¿Bienvenido? —dijo con ironía—. Lo dudo. Vengo a cobrar una cuenta, señor Roman.

—Todo lo que tengo está a disposición del hijo del *Padrone* —respondió sorprendentemente Roman, sirviendo dos ginebras en vasos altos.

Ofreció uno a Bob, que lo rehusó con un gesto y se dirigió rectamente a su visitante.

—Bienvenido, Bob —repitió—. No has oído mal. Puedo pagar cualquier cuenta. Y aún más si la persona que quiere cobrarla es el hijo de Piero Rossi, el hombre cuyo recuerdo venero. ¿Quieres sentarte, Bob, amigo mío?

Simmons había desaparecido.

Pasmado de asombro, Bob se dejó caer sobre un diván.

—Escuche, Roman. No soy un estúpido —dijo acaloradamente en cuanto el anfitrión se hubo acomodado frente a él—. Usted tiene lo que era de mi padre. Todo. Incluida esa mujer, Sara Scoffi.

No la llamaba Rossi, aunque ella tuviese derecho a ostentar el apellido de su padre. Porque el rencor bullía y bullía en su interior.

—Seamos sinceros, Bob. Tal vez estés enamorado de Sara. Lo comprendería fácilmente. Porque yo también la amo. En cuanto a lo demás, voy a explicarme con claridad meridiana —dijo Roman, sin desviar su mirada—. Ostento el imperio Rossi. Me apoderé de todas las empresas del *Padrone*, apoyándome en Rolf Gardner. Pero lo hice justificadamente. El *Padrone* estaba muy enfermo, desvariaba.

Había muchos tiburones ansiosos por caer sobre la carnada. Y decidí salvar el dinero de los Rossi. Escucha, Bob. Soy un hombre bragado, con un pasado un tanto confuso, lo sé. Todo lo que hoy está a mi nombre es tuyo. Ponte al frente del negocio y yo mismo te obedeceré.

Bob tragó saliva. ¿Era posible que Roman hablase así?

—¿Y Sara? —preguntó—. Es vergonzoso que ella venga aquí, a reunirse con usted, en secreto, a escondidas... a pocas fechas de la muerte de mi padre...

—Tú no puedes comprender. Antes de que Piero Rossi mirase a Sara, yo la había mirado y la llevaba dentro de mí. Siempre la quise. Pero respeté al *Padrone*, que la había hecho su esposa. Pero hoy el *Padrone* ha muerto. Sara es libre. La invité a venir a mi apartamento. Quería hablar con ella, quería confesarle que he estado loco por ella desde hace años. ¡La quiero, la quiero para mí! Le hablé. Ella está de acuerdo en convertirse en mi esposa.

Roman había hablado con tono de absoluta sinceridad. E incluso parecía desbordado por la pasión.

—Soy un hombre ambicioso, siempre lo he sido. Y lo seguiré siendo. Lo confieso. Es mi temperamento. Pero si hay un nuevo *Padrone*, un Rossi que me dirija, le obedeceré. Lo acabo de decir. Y lo haré.

Bob sentía la garganta seca.

Inconscientemente, alargó el brazo y tomó el vaso de ginebra que Roman había dejado sobre la mesita damasquinada mexicana.

Lo vació de un trago, experimentando el efecto ardiente del licor en su esófago como una ducha de aceite hirviendo.

Roman le miraba con fijeza. Había en sus ojos un brillo cordial.

—¿Qué dices? ¿Qué es lo que piensas, Bob? He sido sincero contigo. Si estás pensando que maté a tu padre te equivocas. No necesitaba hacerlo para apoderarme de todo lo que era suyo.

Bob jugueteó con el vaso. Aquello no era más que un pretexto para pensar a toda prisa, para poner en orden sus pensamientos, que se agitaban en caótico cóctel en su mente.

—Si hablamos de Sara, si me dices que tú también la quieres, Bob...

—¿Qué?

—Lucharía por ella —respondió Roman salvajemente—. No voy

a imponerle mi amor. Ella debe escoger. Pero debo poner de mi parte todo lo que pueda.

—Hay algo que no logro explicarme —observó Rossi, con suspicacia—. No vi la menor sorpresa en tu rostro cuando aparecí en tu apartamento. A pesar de que me anuncié a tu mayordomo con un nombre falso: Kantilever.

Roman no se inmutó.

—¿Por qué había de sorprenderme? Apenas hace medio mes, el *Padrone* me anunció que vendrías. E incluso obré teniendo en cuenta que llegarías de un momento a otro. Por último, fue la propia Sara la que me dijo esta noche que acababas de llegar a la ciudad.

—¿Lo supiste esta misma noche? —preguntó Bob, sin darle importancia.

—Así es. Pero ¿tiene eso algo que ver?

Bob pensó en Sara.

Asintió.

—Es posible. Escucha, Bill. Creo que puedo confiar en ti. Pero esta misma noche alguien trató de asesinarme en la terraza. Pero no es todo. En un restaurante llamado Barnett's alguien quiso convertirme en serrín arrojando sobre mí un potente cartucho de dinamita.

El rostro de Roman se ensombreció.

—Sé quiénes son los culpables. Pero la promesa que hice un día al *Padrone* me impide revelarte sus nombres, Bob —confesó, con voz ronca.

—¿Por qué? Si eres mi amigo... Piensa que se trata de mi vida —insistió Bob.

—Lo sé. No debes preocuparte. Yo allanaré ese asunto. Déjalo de mi cuenta.

—¡No! —gritó Rossi—. No quiero la vuelta atrás, a los viejos tiempos de la *vendetta*, Bill. Si no quieres, hablar, calla. Pero no des ninguna orden. Yo seguiré adelante por mi cuenta y riesgo.

Roman le miró con calma y asintió.

—De acuerdo. El *Padrone* era así también. Muchas veces se empeñó en allanarse a sí mismo el camino, con mucha entereza y valentía. Pero mi ofrecimiento sigue en pie, Bob. Si quieres dirigir el imperio Rossi, sólo tienes que decírmelo. Pasaré de buen grado a

servirte, a ocupar un segundo o tercer lugar. Lo que tú decidas.

Bob Rossi se sentía impresionado.

En realidad, comenzaba a confiar en Roman, en su sinceridad y franqueza.

—No sé qué haré, Bill. Ahora me siento desorientado. Volveré. Y entonces te diré lo que he decidido —respondió, tras una breve meditación.

Simmons apareció como por arte de magia cuando ya Bob Rossi se dirigía a la entrada del vestíbulo.

Ya había abierto la puerta el guardaespaldas, cuando Bob se volvió y dijo:

—Por cierto, tampoco era necesario que violaras tu promesa de silencio, Bill. Sé que Colpino, Brown y Badaglia están tras todo esto. Porque Neracosta es un pobre loco al que no se le pueden pedir responsabilidades.

Esperó durante unos segundos la contestación de Roman. Pero éste se limitó a alzar su mano en señal de saludo.

Por su parte, Bob tomó uno de los ascensores y pulsó el botón de la planta baja.

Inmediatamente se vio rodeado por el cálido aroma de un perfume femenino.

Aspiró ávidamente el aire perfumado y recordó.

—Sara —murmuró—. Ella ocupó este mismo ascensor. ¿Por qué tiene que perseguirme siempre su recuerdo?

Buscó, ansioso, un cigarrillo para calmar su angustia.

Brilló la llamita del encendedor, aplicó el fuego al cigarrillo y aspiró el humo profundamente.

Entonces comenzó a trepidar el ascensor.

Perplejo, Bob se agarró al cuadro eléctrico. El piso del aparato comenzó a ceder.

Y de repente, desapareció.

Bob exhaló un involuntario alarido. El cigarrillo resbaló de sus labios y quedó prendido en su camisa.

También él mismo había quedado colgando sobre aquella caja sin fondo, precariamente sustentado con las dos manos en la arista del cuadro eléctrico de control.

El aparato seguía descendiendo.

El cigarrillo encendido quemó su camisa y la brasa entró en

contacto con su piel.

A punto estuvo de gritar. Sus manos tendían instintivamente a soltar el cuadro eléctrico, a sacudir la brasa que quemaba sus carnes.

Pero aguantó.

Aguantó mordiéndose los labios hasta hacerse sangre.

Sólo cuando el ascensor se detuvo bruscamente en la planta baja, Rossi soltó el cuadro, afianzó sus piernas en el piso, gritó y se sacudió como un tigre chamuscado.

Cuando se hubo serenado un tanto, metió la mano en su funda pistolera y empujó la puerta del aparato elevador.

En el vestíbulo, dos personas se volvieron hacia él con el asombro reflejado en sus rostros.

Eran el conserje y Simmons, el guardaespaldas de Roman.

Algo se revolvió en el estómago de Bob al mirar a Simmons.

Estaba íntimamente seguro de que era aquel individuo el que había manipulado en el piso del ascensor.

Con un solo fin: Asesinarle.

Se contuvo.

Sin traslucir el malestar que sentía en aquellos momentos, ocultó la pistola a la vista de los dos hombres y sonrió:

—Si el señor Roman pregunta por mí... díganle que no he muerto —exclamó.

Ante la estupefacción de los dos individuos, se dirigió a la puerta y desapareció.

El conserje se volvió con gesto de incompreensión a Simmons.

—Díganle que no he muerto... —murmuró—. Ese tipo debe estar loco... ¿Qué ha querido decir?

Simmons murmuró una palabrota.

No sentía la menor gana de cambiar estúpidos comentarios con el conserje.

Rabioso y malhumorado, atravesó el vestíbulo y tomó el ascensor número tres.

Antes de cerrar la puerta, miró al conserje y dijo:

—Ha querido decir... lo que ha dicho. Estaba vivo, ¿no? Pues eso.

—Claro que estaba vivo. Pero sigo sin entender una jota.

—Ni falta que hace que comprenda nada. Por cierto; será mejor

que revise el ascensor número uno.

—¿Por qué? Aquí todo el mundo habla incomprensiblemente. ¿Qué le ocurre al ascensor?

Simmons le miró con expresión de perro rabioso.

—Poca cosa. El piso de chapa metálica se ha desprendido. La culpa es suya que no revisa esos aparatos, conserje —exclamó. Y cerró la puerta rabiosamente.

CAPÍTULO XI

Hugh Grisum agitó la cápsula ante los ojos de Brenda Johnson.

—¿Conoces esto, pequeña? —preguntó el policía.

Breada se mordió los labios.

Era una muchacha de veinte años, rolliza y guapa de piernas bien formadas y expresión vacua.

Desde el momento en que Grisum se presentase en su apartamento, Brenda se había sentido sobre ascuas.

Sin motivo justificado alguno.

Aunque lozana y de buen ver, Brenda tenía un carácter blando, débil y asustadizo.

El teniente había dicho:

—Soy Grisum, de la Brigada de Homicidios. Quiero hablar un momento con usted, pequeña.

Y enseguida Brenda se echó a temblar.

—Es una cápsula —respondió al cabo, solemnemente.

Grisum se echó a reír, las manos apoyadas en el estómago.

—Es evidente. Pero escucha, ¿seguro que tú eres Brenda Johnson, la enfermera?

—Soy enfermera diplomada, teniente —respondió Brenda, amoscada.

—Hummm —Grisum carraspeó y miró fijamente a la muchacha—. Bien. Acepto que lo que tengo entre los dedos es una cápsula. Pero su aspecto exterior, sus colores no son muy normales, ¿no es cierto?

—Tiene razón —respondió la muchacha—. Debe ser «Cordactiv», un tónico de efecto retardado para el... cerebro.

—¿Estás segura?

—¡Claro! —contestó orgullosamente Brenda.

Y repitió como una lección aprendida, para remachar el efecto de su tajante afirmación:

—Los laboratorios farmacéuticos disponen ya de una especie de código para fabricar la envoltura exterior de sus cápsulas. Azul y roja: neurotónicos para tratamientos especiales.

—¡Bravo! —alabó Grismum, burlonamente, aunque Brenda enrojeció de satisfacción—. Tengo entendido que tienes un excelente empleo, enfermera interna de la clínica del doctor Hodell.

—Es la verdad, teniente. Pero ¿qué tiene que ver...?

—Veamos —prosiguió Grismum, interrumpiéndola—. ¿A cuántas personas recetó el doctor Hodell cápsulas de «Cordactiv» durante el último mes?

—Pues... —Brenda frunció la frente, sumamente concentrada—. Recuerdo a la señora Ohiway, la señora Grant, el señor Mark Meade... ¡Había otro paciente! Pero no... ¡no puedo recordar su nombre!

—¿Puedes describírmelo? Es muy importante, Brenda.

—¡Oh, sí! Lo recuerdo muy bien. Era alto, cuadrado de hombros, anguloso, cejas peludas y...

—Gracias, pequeña. Me has prestado un gran servicio —la cortó bruscamente el policía.

Y le dio la espalda.

A las nueve de la noche, el teléfono del pasillo tintineó repetidamente.

La señora Harrington se levantó prestamente de su butaca y descolgó el aparato.

Escuchó con atención. A medida que escuchaba sus ojillos iban adquiriendo un cierto brillo conspirador.

Poco después subía ágilmente la escalera y llamaba en la puerta de su pupilo, Bob Rossi.

Inmediatamente empujó la puerta y sorprendió a Rossi... en paños menores.

—¡Señora! —exclamó Bob, pillado de improviso y cubriéndose apresuradamente con la colcha sus peludas piernas.

—Lo siento —se disculpó la anciana. Pero sus ojos eran retadores—. Tiene una llamada.

—¿Quién es?

—Usted debe conocerla mejor que yo. Se llama Sara Rossi —respondió la señora Harrington, y cerró bruscamente la puerta.

Bob corrió hasta la entrada, echó el cerrojo y se vistió

apresuradamente los pantalones.

Cuando bajó, la señora Harrigton espiaba disimuladamente desde su «madriguera», como ella misma llamaba al pequeño cuarto de estar del pasillo.

Descolgó el teléfono, intrigado.

—Bob Rossi al habla. ¿Quién es?

—¡Bob! Bien... Soy yo, Sara.

Rossi tragó saliva. ¿Qué significaba aquella llamada? ¿Qué podría decirle ella?

—Tengo mi tiempo tasado. ¿Qué es lo que tienes que decirme? —preguntó.

—Bob, sé paciente conmigo... Tengo muchas cosas que decirte. O, tal vez... ninguna.

—¿Estás loca? No puedo perder el tiempo en jeroglíficos. Llámame en otra ocasión —respondió, furioso.

La voz de la mujer sonó dulce y pastosa a sus oídos. Suplicante.

—Está bien, necesito hablar contigo. Un momento. El tiempo que sea, pero tiene que ser esta misma noche.

Rossi frunció el entrecejo.

Finalmente se decidió:

—De acuerdo. ¿Dónde nos reuniremos?

—No tendrás que recogerme. Te esperaré a las once en el club Faro Azul, kilómetro cinco de la carretera a Handsdrome. Es un lugar elegante y discreto. Por cierto, exigen que se vista de etiqueta, Bob.

—A las once en Faro Azul. —Silabeó Rossi, como si quisiese grabarse aquellos datos en la memoria—. De acuerdo, iré.

Y colgó.

Un momento después volvió a marcar un número.

Cuando escuchó la voz de una mujer al otro lado del hilo, solicitó:

—Soy Bob Rossi. Necesito hablar urgentemente con Dan Lorre.

—Le pongo comunicación, señor Rossi —replicó la telefonista.

Desde la «madriguera», la señora Harrigton tendía su oído y miraba con expresión interrogativa el rostro de Rossi.

—¿Bob?

—Soy yo. Te llamo para avisarte que he cambiado el lugar de la cita. No iré a la cervecería Nederland, sino al club Faro Azul. Está

en el kilómetro cinco de la carretera a Handsdrome. Estaré allí a las once en punto.

—Ya me lo explicarás todo más tarde. ¿Faro Azul, eh? Suerte, Bob.

Rossi colgó el teléfono y subió aprisa la escalera.

Entró en su habitación, anduvo hacia el armario y lo abrió. Un flamante smoking fue arrojado un momento después sobre la cama.

No bien se había despojado de los pantalones para vestirse los del traje de smoking, cuando la puerta tornó a abrirse con brusquedad y en el hueco apareció la afilada cara de la señora Harrigton.

—¿Otra vez? —chilló Bob, malhumorado y buscando con urgencia la colcha para cubrirse.

La anciana soltó una risita.

—Bueno, no lo he hecho a propósito. Un señor Lorre volvió a llamarle. Le encarga que no se olvide del chaleco, ¿comprende?

Bob desarrugó el ceño y lanzó una carcajada.

—El chaleco, ¿eh? Gracias, señora Harrigton. Y ahora, por favor, ¿va a permitirme que me vista?

La anciana guiñó un ojo picarescamente y desapareció.

Hacia las nueve y media de la noche, Rossi abandonó la casa de la señora Harrigton.

A las diez se reunía con el detective Strangle.

—Diana, señor Rossi. Colpino pagó a Goarding y a su compañero para que espieran a Rolf Gardner. Tenían orden de disparar contra el notario, pero alguien intervino antes de que ellos pudieran actuar.

—¿Quiénes eran?

—No he logrado averiguarlo. Goarding me ha asegurado que un camión recogió a Gardner. Siguieron al camión, pero el conductor fue lo suficientemente listo como para burlarles. Debió tomar algún camino y le perdieron.

—Así que Goarding confesó... ¿Cómo lo logró, Strangle? —preguntó Rossi, admirado.

—De una forma muy fácil. Le dije que usted era el hijo del *Padrone*. Además, le metí en el bolsillo cien dólares y le di la promesa de que no repetiría ante un jurado sus palabras.

—Muy bien. Ha sido usted muy rápido, Strangle. Por cierto...

Mire disimuladamente hacia atrás. ¿Conoce a la mujer que está mirándonos desde el interior de un «Volkswagen» azul? A veinte metros de nosotros —indicó Rossi, que no había bajado de su automóvil.

—No puedo distinguir bien su rostro desde aquí. Pero espere. Volveré en dos minutos —respondió el detective.

Volvió.

—Es Mandy Williams, una muchacha de vida alegre. ¿Cree que en verdad le está espionando?

—Sí. Pero voy a cerciorarme. Hasta pronto, Strangle. Le telefonaré en cuanto pueda —dijo Bob, alzando la mano.

Arrancó despacio, con el fin de que Mandy Williams no perdiese de vista el «De Tomasso-Mangusta».

Quince minutos después se desviaba al final de State Street y se detenía en la zona de aparcamiento del bar de una estación de servicio.

Entró en el bar y pidió un martini.

A través del espejo del anaquel podía ver perfectamente su coche.

El «Volkswagen» llegó unos minutos después.

Mandy Williams, rotunda y provocativa, con el cabello rojizo al viento, avanzó, ondulándose lascivamente hacia el bar.

Pidió un helado, lanzó a Rossi una mirada incendiaria, sonrió, sacó un cigarrillo y buscó desesperadamente el mechero en su bolso.

Decidido a facilitarle el camino, Rossi encendió su «Dupont» de platino y le ofreció la llamita azulada.

Aspirando el humo, Mandy comenzó a desarrollar su estrategia. Sus ojos, dorados, muy bellos, miraron fijamente a Rossi, como si quisieran hipnotizarle.

—Gracias, amor. Quedan pocos hombres como usted. Hoy, los jovencitos son bruscos y nada caballerosos. Por desgracia, luego no son capaces de sostener su virilidad ante una mujer —comentó ella.

Rossi, que había visto cómo ella despachaba rápidamente su helado, la invitó a una copa de fresas.

Quince minutos después, Mandy estaba desbocada.

—¿Quiere que le diga una cosa, amor? Nunca se lo he dicho a un hombre. Usted me apasiona. Una mujer fogosa y audaz como yo

se sentiría feliz en la compañía de un hombre como usted. Mi villa de Quantry está siempre silenciosa, como vacía, a pesar de que me costó casi doscientos mil dólares. Tengo un excelente whisky añejo. Le invito a tomar una copa. ¿Acepta?

Había hecho la pregunta con disimulada ansiedad.

Por toda respuesta, Bob rodeó los hombros femeninos con un brazo y besó a Mandy fugazmente en los brazos.

—Vámonos. Cuanto antes, cariño —asintió.

Salieron y subieron al «Volkswagen». Mandy alcanzó una carretera secundaria, rodó sobre un caminillo entre dos hileras de castaños y se detuvo ante una villa de una sola planta.

—Aquí es. Entremos —invitó.

«Una mujer de vida alegre» había dicho Strangle. ¿Podía una pelandusca de la categoría de Mandy permitirse el lujo de disfrutar de una mansión tan lujosa como aquélla?

Bob sonrió, despectivo.

Mandy atravesó una estancia bien amueblada, arrojó el bolso sobre un diván de cuero y penetró en la alcoba cercana.

—Un momento, encanto. Sírvete un whisky. Voy a ponerme guapa. Regresaré en unos minutos —dijo, lanzándole un beso con la punta de los dedos.

En cuanto ella hubo cerrado la puerta, Rossi se inclinó sobre el diván y abrió el bolso de Mandy.

Había un paquete de cigarrillos caros, un estuchito de maquillaje, unas llaves... En el fondo, Bob encontró un apretado fajo de billetes de diez dólares.

—El salario de una prostituta metida a espía —se dijo.

Guardó todo apresuradamente, y abrió el mueble-bar que había junto a la chimenea.

Pasaron lentamente los minutos, sin haber probado un sorbo de whisky, Bob miró interrogativamente la cerrada puerta de la alcoba.

De repente, se lanzó hacia la alcoba y empujó la puerta. La estancia estaba vacía.

Comprendió enseguida que no encontraría a Mandy. Ella había cumplido con su deber llevándole a la trampa.

Pero la muy estúpida había olvidado llevarse el salario de Judas.

Se dirigía ya a la puerta del porche, cuando un soplo de aire le acarició el rostro.

Unos cristales tintinearón sobre el suelo. Un artístico tarro de porcelana de Sèvres que había sobre una mesita acababa de saltar hecho añicos.

Rossi saltó adelante, fuera de la ventana. Rodó sobre el suelo se golpeó contra los pilares de la chimenea y quedó inmóvil, jadeando sordamente.

—Maldita perra. —Gruñó—. Me engañó a pesar de que yo debía estar sobre aviso.

Estaba claro que Mandy le había arrastrado a la villa para que Rossi sirviera de víctima propiciatoria a unos asesinos.

Cualquier persona que estuviera fuera tenía que guiarse por la luz de la rústica lámpara de raíces que colgaba del techo.

Destrozar una a una las doce bombillas de otros tantos disparos era demasiado azaroso.

Por eso, Bob Rossi miró las paredes desde el suelo y encontró el interruptor.

Sacó la pistola y apuntó cuidadosamente.

El disparo resonó fragorosamente en la casi vacía estancia, y la luz se apagó.

Coincidiendo con el apagón, Rossi reptó a toda la velocidad que pudo y alcanzó el pasillo.

Tropezó de cabeza con una puerta. Cerca, en el cuarto de estar, tintinearón los cristales, convertidos en añicos, de la ventana.

Alzó la mano, alcanzó el cierre de la puerta y siguió reptando.

Se encontraba en la cocina.

Luego resonó un chasquido. La ventana del *living* acababa de saltar en pedazos, destrozada.

Bob escuchó el sonido rumoroso de una respiración jadeante, entrecortada.

A la luz difusa que penetraba por la cristalera traslúcida de la cocina, Bob distinguió la cromada cocina de gas.

Abrió la puertecita interior y abrió todas las llaves de gas. El fluido silbó tenuemente, Bob escuchó al respirar el penetrante aroma del gas.

Se separó velozmente de allí y alcanzó la puerta de la cocina. Descorrió el cerrojo, prestó atención a los ruidos de fuera. Todo estaba en silencio.

Salió.

Los setos del jardín suponían una excelente protección para avanzar sin ser visto.

Entonces vio el automóvil.

Además del «Volkswagen» de Mandy Williams, había un gran sedán azul.

A través de la ventanilla trasera de la izquierda, Bob vio flamear una cabellera rojiza.

Esperó ansioso por abordar a la traidora Mandy.

Pero su plan se había ido perfilando rápidamente. Tenía que dejar pasar unos minutos. Ciertamente que la canalización de gas tenía gran sección. Y también que todas las puertas de la casa a excepción de la ventana destrozada del *living* estaban herméticamente cerradas.

Adentro sonó una exclamación rabiosa, seguida de un rumor de pasos veloces.

Entonces, Bob Rossi sacó su «Dupont» de platino y lo encendió. Por un momento se sintió indeciso; el encendedor era una verdadera joya que valía más de diez mil dólares.

Finalmente alargó el brazo y lanzó el mechero encendido por la destrozada ventana del *living*.

En el instante en que el hijo del *Padrone* se arrojaba de bruces sobre el seto situado a tres metros del *bungalow*, una llamarada azulada surgió del ventanal.

Docenas de cristales saltaron en pedazos.

Luego dos siluetas humanas surgieron por el ventanal, convertidos en antorchas rojizas.

Rossi los vio correr, lanzando alaridos, y se horrorizó.

—¡La piscina! —gritó estentóreamente—. ¡Hay una piscina a la derecha!

Surgió del seto y corrió tras los dos individuos. A uno de ellos lo lanzó de cabeza a la piscina de un empujón. En cuanto al otro, había caído al suelo y se retorció, en medio de un macizo de boj.

Lo arrastró con urgencia, quemándose las manos, y lo sumergió en el agua.

Un momento después los «pescaba» expeditivamente por las cabelleras y los sacaba de la piscina.

—Creo que tendréis que hablar de seguida y sin interrupciones, amigos —sonrió. Y sacó su pistola, apoyándola sobre los chorreantes cabellos de uno de los dos asesinos.

Sin embargo, ninguno de los dos llegó a hablar.

Rossi sólo pudo escuchar dos apagados taponazos.

El hombre al que encañonaba exhaló un gemido y cayó de espaldas. Quedó flotando sobre las claras aguas de la piscina.

El otro dio un respingo y se abatió, como un conejo fulminado, sobre los muslos de Rossi.

En la carretera petardeó un escape.

Rossi se sintió tan iracundo que perdió toda cautela.

De cuatro saltos atravesó el pequeño jardín, saltó sobre la cerca de piedra y salió a la carretera.

Un automóvil deportivo derrapaba ruidosamente sobre la gravilla de la cuneta y alcanzaba el centro del firme asfáltico en aquel instante.

Ni siquiera pudo distinguir la matrícula.

Sólo una dorada cabellera flotando al viento, como una bandera de oro.

—¡Sara! —bramó Rossi, mordiéndose los labios—. ¡Es ella!

Cuando logró reaccionar, el coche había desaparecido en la distancia. Era inútil intentar perseguirlo.

Volvió despacio, cansado, hacia la casa.

Entonces recordó a Mandy Williams.

¿Habría huido también?

No.

Podía ver, desde el caminito del jardín, aquella antorcha rojiza de sus cabellos, derramados como una cascada de cobre sobre el respaldo del asiento trasero del pequeño utilitario alemán.

Se aproximó despacio, desconfiado.

Aquella pequeña prostituta, Mandy Williams... ¿Era posible que pudiera permanecer indiferente, cómodamente instalada en el coche, mientras dos hombres eran asesinados a pocos metros de distancia?

Las manos de Rossi palparon las chapas del «Volkswagen».

Ella estaba allí, fría, indiferente.

—Fin de fiesta, dulzura —rugió Rossi, colérico, introduciendo el cañón de su «German Lugger» por la ventanilla.

Pero Mandy no se movió.

No podía moverse.

Un hilillo de sangre tan fino como una hebra de seda resbalaba

desde el pequeño agujero que perforaba su pómulo izquierdo.

A su pesar, Bob se estremeció.

Mandy estaba muerta.

Fría ya.

El hombre se detuvo, palpó su pecho, pulsó su muñeca, fina y yerta.

Y pensó.

—Sara. —Volvió a murmurar ahora. Y el odio frío, condensado, latía en la lentitud con que pronunció el nombre.

Con ternura, con gran delicadeza, tomó el perfecto cuerpo de Mandy y lo dejó suavemente sobre el césped, junto las buganvillas que crecían en el centro del parterre.

Ella había muerto en cumplimiento de su deber.

De su deber de mujer de la calle, aliada propicia del primero que le ofreciera unos billetes.

Paz para Mandy Williams. Descanso eterno, relajamiento, alejamiento definitivo de las pasiones que habían hecho estremecer a la pobre hembra dedicada a ejercer el oficio más antiguo de la Historia.

A la corta placidez de la contemplación del bello rostro de Mandy, sucedió la cólera, el ansia de venganza y de justicia.

Rossi era justiciero.

Mientras abría la portezuela del «Volkswagen» y movía la llave de contacto en su alojamiento, Bob pensaba que el *Padrone* también había sido un hombre justo.

Pero a su manera. Envuelto desde la niñez en un mundo mísero, violento, impío y cruel.

Condujo carretera adelante en un estado de terrible ansiedad.

Sentía zumbir sus sienes y notaba que su control de voluntad, de sentimientos y sensaciones, se esfumaba.

—Despacio, despacio, despacio —murmuró, como un mandato dirigido a sí mismo.

Pero el pie derecho oprimía el acelerador al máximo y en su corazón seguía desbordándose el rencor.

Pensando en Sara, una risa ácida emergió a sus labios.

El Gran Canalla no era el cerebro.

Roman no era la persona más importante en aquel cúmulo de crímenes.

Era ella, Sara, la dulce, la hermosa, la que sabía matar con mano fría y segura.

Sin darse cuenta, llegó a la ciudad.

Apenas tenía que mover el volante para que el automóvil buscara la dirección justa, la que deseaba: La casa de Fiero Rossi, el *Padrone*.

Allí vivía ella.

Allí la encontraría.

—¡Dios santo, ayúdame! —murmuró sin darse cuenta.

Sabía que necesitaba ayuda. Porque sus sentidos se habían desbocado. Bob sólo deseaba ahora vengarse.

Vengar el asesinato de su padre. Porque en lo más profundo de su corazón sabía que su padre había sido asesinado. O al menos, había existido la voluntad de matarle.

No quería, no podía reconocerlo Rossi. Pero también buscaba la venganza a título personal.

Él había amado a Sara con todas sus fuerzas, con todo su juvenil vigor, con todo su corazón.

Ella se había casado con su padre. ¿No lo había hecho con la idea de humillarle a él, a Bob Rossi, al hijo único del *Padrone*?

El «Volkswagen» se detuvo ante la mansión Rossi.

Bob no fue directamente a la puerta principal, sino que contorneó la fachada, y acalló los gruñidos de «Baxter», el dogo que acababa de lanzarse sobre él junto a la caseta de herramientas del jardín.

Cuando era pequeño, Bob solía utilizar el gran tilo del ala occidental del jardín para alcanzar subrepticamente sus habitaciones.

Lo repitió ahora.

Ágil y silencioso, escaló el tronco, subió por la gruesa rama que llegaba hasta el muro y subió al alféizar de la ventana.

La ventana cedió al segundo empujón.

El olor característico del gran caserón Rossi impregnó su olfato.

No tenía una linterna, pero tampoco la necesitaba, conocía la casa con los ojos cerrados.

Avanzando con seguridad, llegó al dormitorio que utilizaba Sara Rossi.

Ante la puerta se le ocurrió pensar por qué Sara le había citado

en el Faro Azul.

¿Había sido una treta para apartarle del camino que él se había trazado, para distraerle?

Bob ni siquiera sabía qué raro instinto le guiaba hasta el caserón de Piero Rossi, su fallecido padre.

Oprimió la puerta. La hoja cedió suavemente, sin chirridos.

El gran foco del porche, encendido durante toda la noche, arrojaba un fulgor tenue, blanquecino, sobre la ventana cubierta por vaporosos visillos.

El dormitorio era impresionante.

Quince metros de fondo, por diez de longitud.

Un gran lecho con dosel en el centro. Una colcha de encaje...

El halo de luz amarilla arrancaba reflejos de la bella cabellera rubia de Sara Rossi, que parecía dormir dulcemente sobre el grandioso lecho.

Bob tuvo que pedirse a sí mismo ecuanimidad para no dejarse influir por la dulzura que emanaba de aquel perfecto rostro.

—Cara de ángel, corazón de reptil —murmuró para darse fuerzas.

Avanzó despacio.

Bajo la gruesa moqueta que alfombraba la estancia, sus pasos no producían el menor sonido.

Se detuvo junto al lecho.

Sus ojos estaban brillantes. Brillantes por las lágrimas.

Lentamente extrajo la pistola y la aproximó a las sienes de Sara.

Estaba dispuesto a cumplir con su deber. A pesar de todo. Por encima del amor apasionado que sentía hacia aquella mujer.

Ella era una asesina. Era necesario hacer justicia.

—Abre los ojos, Sara. Es necesario —dijo en voz alta. A su espalda se movió la cortina roja del dosel.

Una figura gigantesca avanzó despacio, indecisa, tambaleante.

El fulgor que provenía del porche arrancó destellos acerados del filo de la gran hacha que dos poderosos brazos alzaron a lo alto con decisión.

Rossi sólo pudo escuchar el estertor de fiera, el rugido de animal que exhalaba alguien a su espalda.

Reaccionó.

El hacha describió un fulminante arco plateado y cayó sobre el

lecho.

Un alarido femenino rasgó el silencio.

Un alarido que repercutió de modo escalofriante en las fibras más sensibles de Bob Rossi.

CAPÍTULO XII

La sangre manchó las blancas y suaves sábanas.

Rossi, caído en el suelo, se incorporó y vio las manchas escarlatas.

Todo su ser se revolvió entonces.

Detrás de él, el gigante volvía a alzar el hacha dispuesto a utilizar salvajemente el acero.

Rossi gruñó un chillido y disparó su pierna izquierda.

No se detuvo.

Fríamente, implacablemente, descargó un golpe tras otro. Cada esfuerzo estaba medido, cada golpe impactaba en el punto preciso.

El hacha describió una parábola en el aire y cayó sordamente sobre el piso alfombrado.

Como una medieval torre de asalto, el desconocido asesino se bamboleó a punto de caer.

Rossi saltó como un tigre sobre el dosel de la cama y se dejó caer sobre su enemigo.

Su cabeza chocó sonoramente contra el cráneo del otro. Como un enorme saco, el gigante cayó al suelo.

Rossi saltó sobre él.

Estaba desquiciado, sentía el ansia de matar. Por eso sus manos se aferraron inmisericordes al cuello del otro.

Apretó, apretó...

El hombre sobre el que cabalgaba poseía una fuerza increíble. Casi inconsciente, sus puños golpeaban como mazas los costados del hijo del *Padrone*.

Bob tenía que contener los gritos de dolor que subían atronadores a su garganta.

Sentía que la respiración se le cortaba, que iba a asfixiarse.

Sin embargo, sus brazos obraban independientemente de su voluntad. Apretaban los bíceps, apretaban los músculos del

antebrazo; los tendones obligaban a apretar a los dedos, crispados como cuerdas.

Fueron unos minutos terribles. A Bob le zumbaban las sienes inaguantablemente.

Y de pronto surgió la luz a raudales.

Alguien se precipitó en el dormitorio a través de la puerta.

—¡Deténgase, Bob! ¡Deje a ese hombre!

Rossi quedó helado de espanto.

¿Qué significaba la presencia en aquellos momentos del teniente Grisum?

Miró al hombre al que había intentado estrangular. Boqueaba como un pez fuera del agua.

Pero aquel hombre... ¡aquel hombre era Lino Neracosta!

Grisum llegó junto a él y le separó de Neracosta de un manotazo.

Rossi aspiró aire con desesperación.

Durante un segundo su vida parecía haberse detenido. Entonces miró a Sara.

Vio su rostro exangüe, pálida, como el de los muertos.

Y prorrumpió en un sollozo indescriptible.

Grisum se lo tomó con calma.

Inclinado sobre el lecho, palpó el pulso de la mujer y lanzó una risita sarcástica.

—No tiene que llorar... si llora por ella, Bob. Está viva. Sólo tiene un rasguño escandaloso en el brazo. Se desmayó de la impresión —dijo el policía con rudeza no exenta de cordialidad.

Bob suspiró.

Entonces oyó el runrún inarticulado de Neracosta, que se debatía en el suelo tratando de incorporarse.

Grisum lo esposó velozmente.

—¡Dios santo! —murmuró Rossi, apoyándose sobre la mesa—. No comprendo una palabra. Creo que me volveré loco...

—No —dijo Grisum—. Es él, Neracosta, el que está loco. Sus amigos cometieron un error imperdonable. Le dejaron campar a su capricho, cuando debieron recluirlo en un sanatorio para enfermos mentales. Él intentó matar a su padre, Bob.

—¿Cómo puede estar seguro de eso? —preguntó Bob, incrédulo.

Grisum no contestó con palabras.

Se inclinó sobre Neracosta, que se debatía en un impresionante ataque de nervios y esquivó fácilmente sus embates, poniéndolo boca abajo.

Registró hábilmente los bolsillos de la inmensa americana y sacó un puñado de cápsulas rojo azuladas.

—Ésta es la respuesta —dijo, mostrándoselas a Rossi—. La noche en que murió el *Padrone*, uno de mis hombres encontró una cápsula como ésta. Hice indagaciones y comprobé que su padre no tomaba «Cordactiv», ¿comprende? Neracosta dejó caer una cápsula cuando quiso asesinar a Piero Rossi. Es un irresponsable. Un loco. Creía que asesinando al *Padrone* le ahorraría sufrimientos. Él fue quien penetró aquí la noche en que murió el señor Rossi. Su colapso no fue fortuito. Debió sufrir una impresión horrible cuando vio aparecer a Neracosta, uno de sus mejores amigos, con el atizador en ristre, dispuesto a romperle el cráneo.

—¿Eso es todo? —preguntó, expectante.

—No lo es.

Bob se volvió de un respingo.

No había contestado Grisum.

Sara Rossi, bellísima, pero muy pálida, se había incorporado sobre el lecho.

Bob la miró interrogativamente. Pugnaba entre abrazarla, prodigarle caricias o... despreciarla.

La sangre manchaba las sábanas, seguía fluyendo aún del leve rasguño que el filo del hacha había abierto en la blanca piel del antebrazo.

—Te curaré —balbució atropelladamente. Y salió al pasillo, para buscar con urgencia el botiquín que el *Padrone* había hecho instalar entre los dos dormitorios.

Volvió al cabo de unos segundos. Grisum estaba conversando con Sara, después de haber utilizado el teléfono para llamar a la centralita de la estación de policía.

—Es necesario que sea sincera, señora Rossi. Dijo que lo que yo acababa de explicar no era todo. ¿Puede explicarme el resto?

Sara miró a Bob Rossi.

Pero Rossi rehuyó aquella mirada ansiosa, anhelante. Entonces el rostro de la mujer se endureció.

—No me entendió bien, teniente. Me refería a que Bob y yo

teníamos una cita esta noche en Faro Azul. El hecho de haber recibido un simple rasguño en el brazo no me impedirá asistir, ¿no es cierto, Bob?

Rossi había terminado de desinfectar el sanguinolento corte epidérmico. Puso un pedazo de cinta aséptica sobre la herida y elevó sus ojos.

—Espero que el teniente Grisum no ponga ningún impedimento a que abandonemos esta casa. Son las doce cuarenta y cinco. Aún queda tiempo suficiente para olvidar este triste asunto y divertirnos. Diga lo que tenga que decir, teniente.

Bob guiñó un ojo.

Captando perfectamente la señal, Grisum sonrió.

—Me arreglaré solo. Bastará con que mañana firmen una declaración. Mis hombres están en camino. Neracosta será internado en un centro psiquiátrico. Buenas noches, señora Rossi.

Sara saltó ágilmente de la cama, seguida por la mirada llena de admiración del policía.

Por su parte, Bob subió al piso principal y buscó en los armarios de sus habitaciones un nuevo smoking libre de manchas de barro.

Lo encontró. Por desgracia, en los últimos años había desarrollado mucho los músculos de la espalda y le venía estrecho. También las mangas ceñían apretadamente sus brazos.

—No importa —murmuró—. Tal vez me dure menos que el que me puse en casa de la señora Harrigton.

Se vistió apresuradamente. Únicamente conservó el chaleco. Luego, perfectamente vestido, consultó el reloj y dio un respingo al comprobar que era muy cerca de la una.

Descendió de cinco en cinco los peldaños de la escalera y al llegar al vestíbulo casi chocó con dos policías patrulleros que sacaban a Neracosta de la casa. Fuera había una ambulancia.

Más allá estaba Grisum, vociferando órdenes a sus hombres. Pero dirigió a Bob una sonrisa de complicidad cuando éste cruzó el porche.

Sara Rossi estaba ya instalada en el amplio asiento trasero de un «Lincoln Continental» impecablemente negro, con su chófer tras el volante.

A su pesar, Bob estuvo a punto de lanzar una exclamación de asombro. Sara estaba bellísima, perfecta, maravillosa.

Un traje de noche azul, un escote discreto, pero que permitía admirar sus senos perfectamente modelados, jóvenes y prietos.

Los cabellos rubios estaban recogidos en un moño. Un leve tono rosado disimulaba la palidez de las mejillas. Los labios femeninos estaban entreabiertos, anhelantes.

—*Va bene, Paolo* —dijo ella, en italiano—. *Avanti*.

Durante el trayecto, Bob se sentía como un diminuto témpano de hielo sobre el cráter de un volcán.

Afortunadamente, Paolo valía como chófer los mil quinientos dólares que Sara Rossi le pagaba cada mes. Quince minutos más tarde el «Lincoln» se detenía suavemente ante el club Faro Azul.

CAPÍTULO XIII

Colpino se agitó, nervioso.

—No confío en ti, Bill. ¿No me engañas? —susurró, mientras se secaba apresuradamente el rostro con una toalla de papel.

—¿Eres tonto, Luigi? Nunca pensé en otra cosa que en salvar el dinero del *Padrone* para nosotros. Pero Bob Rossi no era un cordero, sino un león, ¿comprendes? Tuve que fingir que pretendía quedarme con todo, burlaros... Y ahora, Luigi, decídetes. Tú tienes una baza en tu favor. ¡Utilízala!

Luigi Colpino destrozó la toalla entre sus dedos.

—Che sarà, sarà —murmuró entre dientes, y agregó—: Soy tuyo, Bill.

—Hazlo —respondió Bill. Y cruzó el pulgar y el índice con fuerza.

Por enésima vez en aquella misma noche, Dan Lorre abandonó el bar del club Faro Azul y salió al exterior.

En lo alto del edificio un gran faro azulado enviaba intermitentemente un destello vivísimo sobre la fachada del club.

Estaba aspirando el aroma de las magnolias del jardín, cuando un gran «Lincoln» se detuvo en la zona de aparcamiento.

Lorre entreabrió los labios al ver bajar del automóvil a Bob Rossi.

Su gesto, entre nervioso y ansioso, parecía decir «¡Al fin!».

Sin embargo, no aguardó Lorre bajo la gran marquesina del porche. Dio media vuelta y volvió al salón donde unas bellas muchachas cubanas movían eróticamente sus caderas al compás de un ritmo exótico.

A través del vaso de agua tónica que mantenía entre sus dedos, Lorre miró discretamente hacia la entrada y advirtió la presencia de Bob y la señora Rossi.

En aquel momento, las cubanas terminaron su número. Una orquesta de violines rodeó a Bob Rossi y a su bella acompañante, atacando una czarda deliciosa.

Lorre había aguardado mucho. Desde las once exactamente había estado esperando a Rossi.

Se había movido. Había distribuido perfectamente a sus hombres. Pero habían transcurrido dos horas sin el menor incidente y Lorre sabía que sus muchachos comenzaban a cansarse, a descuidar la vigilancia.

En aquel justo instante un estallido resonó en *la sala*.

Tres de los músicos habían inclinado sus violines sobre la mesa de Rossi.

Y del astil de cada instrumento surgía un alud de fuego y plomo.

Bob Rossi se inclinó pesadamente a la derecha. La silla se venció de aquel lado y Rossi rodó sobre el brillante pavimento encerado.

Su cuerpo, relajado como el de un muñeco de serrín, cayó justamente a los pies de Bill Roman, que no alteró un solo músculo de su rostro.

Algunas mujeres chillaron histéricamente. Los hombres murmuraron secas interjecciones de asombro y miedo.

Lorre palideció. Si Bob había olvidado su recomendación...

—No se muevan, señores —gritó, apartándose de la barra—. Conserve la calma.

Para entonces, Fitzsimmons, Garney, Croth y Larry Blint se habían separado de sus posiciones y corrían a la carrera hacia la puerta de servicio por la que acababan de escapar los tres asesinos del violín.

Sara Rossi estaba en pie. Yerta, como muerta.

Luego, de repente, una explosión de sollozos agitó su pecho.

—¡Bob, amor mío! ¡No, no, no puedo creerlo! Yo...

Unos minutos después, el propio Lorre tuvo que separarla violentamente del cuerpo de Bob Rossi.

Ante la actitud expectante de los presentes, el cuerpo de Rossi fue colocado en una camilla. Poco después se escuchaba la sirena de una ambulancia.

Rota por el dolor, balbuceante, histérica, Sara escuchó las brutales palabras de Lorre.

—Lo siento, señora Rossi. Robert Rossi está muerto. Pero sus

asesinos acaban de ser detenidos. Pagarán su crimen... ¡lo pagarán! Yo sé lo prometo.

Entonces Sara Rossi prorrumpió en un llanto estremecedor. Lorre sintió piedad por ella, pero no se ablandó.

Rossi tenía un chaleco blindado, pero Sara no lo sabía.

A veinte metros de allí, Bill Roman miró a Luigi Colpino, a Badaglia y a Amedeo Brown que se sentaban a su mesa.

Colpino comprendió sin palabras.

Si los tres «torpedos» a los que había pagado por el asesinato de Rossi hablaban, él estaba perdido. Y también Badaglia, y Brown.

Muerto de miedo, se separó de la mesa y escapó.

Bill Roman aguardó hasta que Badaglia y Brown, perdidos los nervios, escaparon también.

Entonces lanzó una carcajada. La policía había restablecido el orden en el Faro Azul y las cubanas, ligerísimas de ropa, bailaban una danza lasciva y mil veces sensual.

—Champaña —rugió al camarero que se aproximó a él.

Cuando tuvo la copa llena, la apuró de un trago y volvió a ordenar que se la llenaran.

—Teste di ferro —murmuró. Y pensaba en Colpino, en Badaglia y Brown, a los que consideraba unos estúpidos.

Media hora después, Sara Rossi abandonó el tocador, muy pálida y demacrada, y se aproximó a la mesa de Bill Roman.

—Espléndido, Sara, mi diosa —dijo con tono reconcentrado, dulzón—. Estuviste magnífica. Cualquiera que te haya visto, pensará que tu pena por la muerte del hijo del *Padrone* es inmensa. ¿Una copa?

Sara tenía ya los ojos secos, aunque enrojecidos.

—¿Champaña? ¿Por qué no? Ésta es una gran noche, Bill. Ahora, todo es tuyo, querido —dijo.

—Nuestro, princesa —respondió Bill.

—¿No exageras? Tú eres un tipo demasiado absorbente, Bill. Y desconfiado. A veces me pregunto si de verdad me amas. Hay en ti un egoísmo atroz, Bill. Inmenso.

—Calla, pequeña estúpida. Hay policías federales en este lugar. No eleves demasiado la voz —ordenó Roman, autoritario y severo.

—¿Qué importa? Rossi ha muerto. ¿Por qué no confías en mí? Tú eres el rey del crimen, ¿no es cierto? Yo puedo ser la reina —

dijo Sara audazmente, resistiendo la mirada penetrante de Roman.

Roman apuró una tercera copa de champaña. Sus ojos comenzaron a brillar.

—Ambiciosa, ¿eh? De acuerdo. Quiero hablar contigo. Mañana. En mi apartamento. Charlaremos largamente.

Sara había desviado su mirada. Dos camareros limpiaban apresuradamente el suelo.

Justo en el lugar en que había caído Rossi.

—Ésa es su sangre —exclamó Roman, con los labios apretados. Y tenía una expresión odiosa—. Sangre de los Rossi, a los que siempre odié. Y ¿sabes por qué? Porque ellos eran grandes. Y yo pequeño. Ellos eran nobles. Y yo no lo soy. Ellos mandaban, cuando yo obedecía. ¡Kaput!

Roman miró a la bella mujer que tenía ante él.

—¿No me oyes, pequeña?

No le oía.

Porque Sara seguía atentamente la estela de la *polisher* que el camarero arrastraba, siguiendo el itinerario que había descrito el cuerpo de Bob Rossi, desde su mesa, hasta la mesa ocupada por Roman y sus compañeros.

—Te oigo —mintió, volviéndose hacia el hombre. Y abrió su bolso y retocó su maquillaje—. Sigue, Bill. Todo lo que tú hablas es mil veces interesante. Habla. Te escucho.

Terminó de retocar hábilmente su maquillaje. Pero no había que avivar el brillo de sus ojos, que destellaban con una luz nueva.

Bill siguió hablando, sin tasa.

Bebió mucho. Las botellas de champaña se amontonaron sobre su mesa.

Pero era un hombre precavido, incapaz de confiarse.

Hacia las cuatro de la madrugada, Roman pagó la cuenta y puso un brazo sobre los hombros de Sara.

Salieron.

Pero ella se desasíó cuando Roman estrechó su abrazo.

—Mañana, Bill. Mañana —repitió.

Se separó de él y corrió a acomodarse en el automóvil. Paolo le abrió la puerta.

Bill aguardó hasta que el «Lincoln» desapareció.

Luego empequeñeció sus ojos. Benny y Rick, dos jóvenes

guardaespaldas, estaban avisando a Quincy para que trajese hasta la entrada el gran sedán de Roman.

—Pequeña víbora embustera —murmuró. Y pensaba en Sara Rossi—. Mañana, ¿eh? Mañana limaré tus colmillos venenosos, Sara.

Esperó hasta que Quincy detuvo su automóvil justo a su altura. Benny le abrió obsequiosamente la portezuela y Rick se sentó a su lado, le sirvió una copa de champaña y le encendió un habano.

—Salute, Padrone —dijo Rick. Y Roman se esponjó de satisfacción.

Era la primera vez que uno de sus hombres le llamaba de aquella forma: *Padrone*.

Era bello.

«La muerte de Bob Rossi a cambio de este título», pensó Roman.

Y no sintió el menor remordimiento.

Luigi Colpino poseía recursos. Había enviado a Rossi a una trampa mortal, con Mandy Williams y aquella vampiresa rubia, Hally Crane, de por medio.

Pero Roman lo había exprimido ya.

Había llegado el momento de ajustar cuentas.

EPÍLOGO

—Espléndido, *Padrone* —alabó perrunamente Benny, cuando todo estuvo dispuesto.

Y era, en verdad, una bella puesta en escena.

El gran apartamento de Bill Roman había sido dispuesto como para una fiesta importante.

En el salón, a la derecha, se había instalado una orquesta para los músicos.

En la pieza cercana estaba el *buffet*.

Bebidas alcohólicas refinadas, de las más exóticas marcas, se alineaban allí. Y manjares sabrosos, escogidos, abundantes.

A las diez llegó Colpino.

Se había vestido su más elegante frac y llevaba una sonrisa aduladora en los labios.

Al acercarse a Roman, se inclinó y besó su mano.

—Padrone...

—Mi querido Luigi —rió Roman, con la candidez de un niño—. He preparado una bella fiesta para vosotros, mi gran familia. Con un majestuoso espectáculo final. Estoy seguro de que os divertiréis, mi amado Luigi.

Poco después llegaron Alberto Badaglia y Amedeo Brown.

—Bienvenidos, bien venidos... —repitió Roman, exultante de gozo.

Sólo se arrugó su ceño cuando Colpino le anunció que Lino Neracosta estaba muy enfermo y no podía asistir.

—Yo mismo estuve personalmente en su casa. Giovanni, su criado, me dijo que nuestro amigo Neracosta había sufrido un terrible ataque. Lino está en la cama, muy grave.

Roman no alteró su gesto.

En realidad, nunca le había importado Neracosta, aunque se había valido de él en parte para conseguir sus fines.

La fiesta empezó a las once, poco después de que Sara Rossi hiciera su aparición en el apartamento de Roman.

Jamás la había visto nadie más bella.

Con Sara llegó una doncella inglesa, alta y corpulenta, de la que los hombres se rieron sin disimulo.

La doncella, sin ruborizarse, pasó a la cocina. Sara se dejó abrazar por Roman, que la había estado devorando con los ojos desde el primer momento.

Sin embargo, su expresión ardiente se transformó poco a poco en otra fría, desprovista de sentimientos.

Benny, vestido de frac, anunció que la cena estaba servida.

En el comedor, una mesa de veinte metros resultaba a todas luces excesiva para cinco comensales.

Al Badaglia, Colpino y Brown fueron excitándose a medida que el vino de Chianti penetraba en sus estómagos, junto con apetitosas viandas del menú elegido por Bill Roman.

Una hora después, todos estaban borrachos.

Fue aquel momento el que eligió Roman para elevar su copa y brindar con sus invitados.

—Vosotros me habéis llamado *Padrone*. Y es cierto. Lo soy ahora. Mi poder es indiscutible. ¡Brindad!

Tintinearón los cristales de la fina vajilla. A Colpino se le quebró la copa. Inmediatamente, Badaglia y Brown palidecieron.

—Mala señal —murmuró el gordo Brown, que a pesar de su apellido sajón era siciliano.

Pero Roman rió a mandíbula batiente.

—Querido Luigi —dijo señalando a Colpino con un dedo extendido—. Tú mismo te has marcado. Negra suerte. La copa rota señala tu futuro. Estás perdido, puerco traidor.

Brown eructó ruidosamente; Colpino quedó blanco de pánico.

Detrás de los comensales, Benny, moreno, de cabellos largos y sonrisa torcida, se situó a espaldas de Colpino.

Había descolgado de la panoplia que presidía el comedor una daga veneciana de cuarenta centímetros de hoja.

En el instante en que Luigi Colpino intentó abandonar su asiento, su espalda entró en contacto con el frío metal.

El acero traspasó su pecho y asomó diez centímetros sobre su blanca pechera. Luego se inclinó sin un suspiro y su cabeza golpeó

sobre la mesa.

Amedeo Brown arrojó lejos de sí la pierna de cordero que estaba devorando e intentó sacar su revólver del cinturón.

Rick no se lo permitió.

De un golpe de maza le rompió el cuello.

—Sólo quedas tú, amado Badaglia. Te uniste a Colpino contra mí. Justo es que ésta sea tu última noche —dictaminó Roman, mientras se llevaba a la boca una rebanada de pan untada en fino caviar ruso.

Badaglia era delgado y ágil. Consiguió saltar sobre la mesa, aunque las botellas de vino tinto se derramaron sobre el suelo.

Benny lanzó una risotada y alzó el dardo que tenía en la mano. La fina varilla de acero hendió el aire y alcanzó a Badaglia cuando se aproximaba a la puerta del vestíbulo.

Sara siguió masticando su bistec al jerez, pálida como una muerta.

Inmediatamente, Quincy salió por la derecha. Auxiliado por Benny y Rick, retiraron los tres cuerpos.

Tres rastros rojizos quedaron marcados sobre la madera brillante del piso.

—Al fin solos, princesa —dijo Roman alegremente, volviéndose a mirar a Sara.

—Reina —dijo ella, mirándole con firmeza.

—Reina de mi lecho —rugió Roman con fiereza. Y la abrazó, la palpó, buscando salvajemente sus labios.

Sara le rechazó suavemente, con tacto.

—No he terminado de comer, Bill. ¿Por qué no confías en mí y hablas sin disimulos? Te has librado de tus enemigos. Has celebrado tu... carnicería, Bill. ¿Por qué no amenizar la cena con tu charla? Suena la música, el vino alegra los corazones, la emoción nos embarga... ¡Habla!

—¿Qué quieres saber? ¿Qué soy el más fuerte, el único, el verdadero *Padrone*? ¡Pues bien, has acertado! Yo envié a Neracosta a liquidar al viejo Rossi. Yo obligué a Colpino ordenar a sus «torpedos» que matasen a Bob, yo pagué a Parker para matarle, yo ordené al mismo hombre que eliminase a Gardner, yo...

Las palabras surgían vibrantes de la garganta de Roman.

La ruda confesión alteraba su rostro en una mueca satánica.

Benny y Rick estaban recogiendo la vajilla, levantando la mesa. Sabían que el nuevo *Padrone* quería dedicar aquella noche al amor de Sara Rossi, que el jefe ansiaba una bacanal con la bella esposa del viejo Piero Rossi.

Los músicos desaparecieron discretamente.

Al fin, Benny se acercó a Roman y recibió de este sus instrucciones.

—Esa hombruna mujer —susurró Bill, mientras Sara bebía, distraída, un poco de agua mineral—. La doncella de la señora Rossi... ¡despachadla!

Benny rió entre dientes. Y se alejó hacia la cocina.

No había hecho más que entrar, cuando un rodillo de amasar se abatió salvajemente sobre su cráneo.

Benny se tambaleó y cayó al suelo. Pero no perdió inmediatamente el sentido. Todavía tuvo tiempo suficiente para ver a Quincy y a Rick, atados más allá del gran frigorífico.

Bob Rossi se desprendió entonces de la peluca y de sus anticuadas ropas femeninas.

Con dos tiras de esparadrapo ató y amordazó a Benny y lo arrastró hasta el frigorífico.

Sentía el corazón en la boca del estómago.

¿Por qué no había aparecido aún Lorre?

Salió con cuidado, procurando que la puerta no chirriase. Avanzó por el pasillo.

La voz gruesa, de bajísimo registro, de Bill Roman resonó entonces:

—Vamos, reina. Ésta es nuestra noche. Todo está en calma, silencioso...

Roman se había puesto en pie y sólo tenía ojos para Sara Rossi.

Sara se separó lentamente de él y elevó una pierna. Su pie se apoyó en una silla, su mano brotó del bello muslo armada con una pequeña pistolita cuyas cachas estaban aderezadas con pequeñas esmeraldas.

—Quédate ahí, Romano —Romano era el verdadero nombre de Bill Roman—. No te muevas. O te mataré. Esta pequeña pistola puede romper tu corazón a esta distancia. Fue un regalo del *Padrone*. Del auténtico y único *Padrone*. Tú, Romano, sólo eres un cerdo renegado. ¿Te asombras? ¿Imaginabas que Sara era la

pérdida, la prostituta dispuesta a hacerlo todo por dinero? Te equivocaste lamentablemente, canalla. Fingí para estar segura de encontrar al verdadero asesino de Piero Rossi, mi esposo. Aquella noche... Aquella noche sorprendí a Neracosta cuando abandonaba la casa por la puerta de la cocina. Dudé. Pensé en denunciarle a la policía. Pero el instinto me avisó que Neracosta había sido enviado por alguien. Por un ser diabólico, de retorcida mentalidad. ¡Como tú, Romano! Bob siempre creyó que me casé por ambición con el *Padrone*. ¡Nada más idiota! Me casé con Piero porque quería demostrarle a Bob que era una mujer honrada, capaz de sufrir cualquier sacrificio con resignación. Ahora ya sé quién eres, canalla. ¡Y voy a matarte!

Roman no movió un músculo de su rostro.

Se limitó a levantar de improviso su pierna izquierda.

Su golpe proyectó una silla sobre el brazo de la mujer.

Sara no pudo evitar el grito de dolor. La preciosa pistola engastada en esmeraldas escapó de entre sus dedos y fue a parar al otro extremo del gran salón comedor.

—¡Estúpida! —bramó Roman, pronunciando la palabra con lentitud—. No sabes nada, no puedes hacer nada... ¿Sabes que tú misma estás señalada por mi dedo?

Sara se apoyó en una silla.

—Tú eres el único que está marcado. Marcado por el crimen, por la ambición, por la traición, por la cobardía, William Romano. Escucha esto: No lograste matar a Bob Rossi. Y él te matará, antes o después. —Lanzó la mujer.

—Estás loca, pequeña. Rossi está muerto. ¡Yo aplasté a todos los Rossi! Tú también te llamas Rossi. Por eso ordené a Benny que envenenase tu cena. Estás condenada. El veneno que Benny puso por orden mía en uno de tus platos es de acción lenta. Te poseeré, te tendré, ¡serás mía! Y luego... morirás lentamente, en mi presencia.

Sara exhaló un grito ronco. Sus manos volaron velozmente a su garganta como si con aquel gesto quisiera detener la acción del veneno.

—Te equivocas.

Roman saltó de un respingo, aterrado.

Porque el que acababa de contestar a sus palabras era Bob Rossi

en persona. Bob Rossi, con una pistola ametralladora en sus manos.

—No morirá. Yo quité a Benny el veneno y lo reemplacé por... sencillo bicarbonato. Sara no morirá, Bill. Sólo tú estás destinado a morir —repitió Rossi, avanzando hacia la gran mesa.

—¡La doncella! —gritó Roman, rabioso.

Quiso alcanzar la panoplia, agarrar una de las pistolas antiguas que colgaban allí.

Grisum apareció por la puerta del *office*.

Disparó a voleo, como de rutina, sin apuntar.

Roman cayó al suelo, con un balazo en la garganta.

También Dan Lorre y seis de sus *gun-men* brotaron por la puerta principal arrancada sumariamente de sus goznes.

Bob Rossi se inclinó entonces sobre Roman y advirtió que el balazo era superficial, aunque rozaba la carótida. De la herida manaba la sangre tumultuosamente.

—Te estás muriendo, Bill. Traicionaste a mi padre, traicionaste a todos los que eran tus amigos. Sólo te queda morir —rugió, con voz bronca, Rossi.

Pero Sara llegó junto a él.

Se miraron en silencio.

Ella no comprendía muy bien las cosas. No sabía lo que estaba sucediendo, ni por qué aquellos hombres con metralletas acababan de asaltar el apartamento de Bill Roman.

Pero sus ojos brillantes y sus labios trémulos enviaron un claro mensaje a Bob Rossi.

Entonces el hijo del *Padrone* que tenía apretadas las mandíbulas y entornados los ojos, tragó saliva.

Luego se inclinó sobre Roman y dijo:

—Te perdono, Bill. Que Dios tenga piedad de todos nosotros. También mi padre se equivocó en su juventud. Ten ánimo. Voy a curarte. Intentaré salvarte la vida.

Sara buscó un botiquín de urgencia.

Rodeado por Grismum y los hombres del inspector Lorre, Rossi taponó la mortal herida de Roman.

—Ahí está. Ha confesado todos sus crímenes —dijo Bob, mirando a Lorre.

—Lo sé. No pudimos llegar antes, Bob. Un tipo llamado Simmons estrelló un coche contra el nuestro. Sin embargo... creo

que no hacía falta. Tú has sabido valerte por ti mismo —respondió Lorre.

Rossi informó brevemente al inspector Lorre: Badaglia, Brown y Colpino estaban muertos, amontonados de cualquier forma en un cuarto trastero.

Lorre y Grisum, cada cual por su parte, se ocuparon de su trabajo.

Abajo, doce plantas abajo, volvieron a resonar los alaridos de las ambulancias.

Una hora más tarde, Sara y Bob Rossi abandonaron el rascacielos de Sheridan Avenue.

El «Lincoln» de Sara abandonó el garaje y les recogió en la puerta.

Estaban subiendo al vehículo, cuando el conserje salió a la carrera.

—¡Señor Kantilever! ¡Se lo dije, señor, se lo dije! ¡No olvidé su encargo! —gritó el hombre desde la acera.

Bob le miró con expresión confusa.

—¿Se lo dijo? ¿Qué le dijo? ¿A quién? —preguntó a su vez, alzando la voz.

El conserje se acercó, titubeando.

—¿No lo recuerda? Cuando estuvo aquí la otra noche, me pidió que le dijese a alguien... «Díganle que no he muerto», ¿va recordando? Pues bien, subí al apartamento de Jerry Kantilever y se lo dije. Me envió al diablo. Afirmó que sólo tenía un hermano llamado Kantilever. Y que aquél murió en la guerra de Corea —explicó el hombre, con pintorescos ademanes nerviosos.

Entonces Bob lanzó una gran carcajada. Su risa duró mucho. Porque servía para relajar su tensión.

Buscó aprisa algún dinero en su bolsillo. Y al fin entregó al conserje un billete de diez dólares.

—Se equivocó, amigo. El mensaje iba dirigido a Bill Roman.

—Lo siento, señor. Subiré al apartamento de míster Roman y...

—No es necesario. No suba. Roman bajó ya. Utilizó el montacargas, ¿comprende? Pero si vuelve a ver a Jerry Kantilever, dígame que no he muerto —recomendó, burlonamente, Bob.

Y ordenó a Paolo que arrancase.

En la acera quedó el conserje rascándose, confuso, la nuca,

mientras manoseaba el billete de diez dólares.

Rossi se sentía de buen humor, de excelente humor.

Y Sara Rossi lo advirtió.

—Bob... —murmuró ella, sin mirarle—. ¿Me oíste? Me refiero a cuando hablaba con Bill Roman.

Rossi la tomó por la barbilla y le obligó a mirarle rectamente.

—Todo, pequeña. Me porté de forma imperdonable. Fui injusto, cruel, salvaje... contigo, Sara.

—Bueno —dijo ella, y se aproximó unos centímetros al hombre—. Las circunstancias...

—Imperdonable —repitió Rossi, tajante.

—Bueno, no tanto —Sara sentía contra sí el calor varonil—. Todo puede arreglarse. Sí...

—Te quiero —dijo él, de pronto.

—... Si me quieres, puedes casarte conmigo dentro de unos meses. Tenemos una gran ventaja.

—¿Cuál? —preguntó Rossi, intrigado.

—Yo no tendré que cambiar de nombre. Seguiré llamándome Rossi —respondió Sara.

Bob la miró con una emoción intensa, apasionada.

No la besó entonces.

La atrajo hacia sí y la apretó con ternura, le prodigó mil caricias. Como se acaricia a una niña.

—Sara, te sacrificaste por mí... —dijo luego, muy bajo.

—Y tú... te marchaste por mi causa. Porque me amabas.

—Sí. Ya había decidido marcharme a Europa cuando encontré a Dan Lorre. Lorre pertenecía al FBI y acababa de regresar fugazmente de Europa. Confié en él y le hablé de mi amargura. Me animó a ingresar en las brigadas de contraespionaje. Y me fui, poco después. Me fui para olvidarte. Y para olvidar que mi padre fue, tiempo atrás, un hombre que bordeó la ley.

—Tú has borrado cualquier error del *Padrone*, Bob. Dios lo castigó terriblemente. Cáncer, un estigma capaz de desesperar a cualquier ser humano. Tu padre aguantó. Renegando, pero sin rendirse. Era un hombre.

—Era el *Padrone* —respondió Bob, con voz temblorosa.

Paolo deslizó el cristal de separación y les ofreció dos cigarrillos.

Bob y Sara se miraron.

Luego encendieron los cigarrillos y miraron adelante.
Estaba amaneciendo ya.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España

